LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

MUSEO UNIVERSAL.

PERIÓDICO

DE CIENCIAS, ARTES, LITERATURA, INDUSTRIA Y CONOCIMIENTOS ÚTILES.

PRECIOS DE LA SUSCRICION.

EN MADRID.—Un año 25 pesetas; seis meses 13; tres meses 7.—EN PROVINCIAS.—Un año 28 pesetas; seis meses 15; tres meses 8.—PORTUGAL.—Un año 5,640 reis; seis meses 3,290; tres meses 1,800.—EXTRANJERO.—Un año 35 francos; seis meses 18; tres meses 10.

AÑO XIV.—NÚM. 25.

Noviembre 5 de 1870.

Editor y director, D. Abelardo de Cárlos.

ADMINISTRACION CALLE DEL ARENAL, NÚM. 16, MADRID.

PRECIOS DE LA SUSCRICION.

HABANA Y PUERTO RICO.—Un año, ps. fs. 7,50; seis meses 4,50;—Números sueltos, fijan el precio los Agentes.—EN LAS DEMAS AMERICAS Y FILIPINAS.—Un año ps. fs. 10; seis meses 6.—Números sueltos, fijan el precio los Agentes.

PALACIO DE CAMDEN EN CHISELHURST, RESIDENCIA DE LA EX-EMPERATRIZ EUGENIA.

SUMARIO

TEXTO.—Crónica, por Julio Nombela.—Episodios y paisajes: La cinta blanca, por Juan García.—El pico-azada-tronera.—Gravina y la batalla de Trafalgar, por don Fernando Fulgosio.—Memorias de un hombre bondadoso, por don Eusebio Blasco.—Palacio de Camden en Chiselhurst.—Pio IX.—Roma: Los zuavos pontificios y el pueblo romano despues de la entrada de las tropas de Italia.—Las puertas del Pópolo y San Juan de Letran.—El pueblo y los soldados fraternizando.—El cardenal Fessler.—Teatro de la Ópera: Matilde di Shabran, por don Luis Navarro. Album poético: A..., por don Manuel del Palacio.—La fé del amor, novela, por don Manuel Fernandez y Gonzalez.—Revista científica é industrial, por don Emilio Huelin.—Don Francisco Camprodon, por Juan de Madrid.

GRABADOS.—Palacio de Camden en Chiselhurst, residencia de la ex-emperatriz Eugenia.—Manuel Alonso y Francisco Mesa, veteranos de Trafalgar.—El pico-azada-tronera inventado por el ingeniero inglés Mr. Stewart Harrison.—Don Casimiro Vigodet.—Exequias fúnebres á la memoria de Gravina, verificadas en la iglesia de San Francisco el Grande en Madrid el 23 de Octubre.—Roma: Puerta de San Juan de Letran.—Puerta del Pópolo.—Plaza del Pópolo.—Las tropas italianas toman posesion de la plaza é impiden que el pueblo bajo ataque á los zuavos pontificios prisioneros.—Pio IX.—Soldados italianos fraternizando con el pueblo.—El cardenal Fessler.—Aparato para apagar incendios, por el ingeniero español don Ramon Bañolas.—Don Francisco Camprodon.

CRÓNICA.

Horizontes de color de Rosa.—Temores infundados.—La luz.—Doce dias de discusion privada.—Una apoplegía de felicidad.—Noticias y comentarios.—Un invento español.

El mes de Noviembre ha empezado bajo los mejores auspicios.

Todo convida: el cielo despejado: la temperatura templada; la próxima eleccion de rey, la animacion de los teatros, de los paseos; el dinero que se agita febril pasando del bolsillo del rico al del industrial, Madrid está desconocido. Es necesario ser oposicionista sistemático, empeñarse en verlo todo negro para no confesar que la antigua y próxima córte se presenta á los ojos de todos con la fisonomía de un corazon alegre y ataviada con las galas de un dia de boda ó de formacion.

Al terminar Octubre regresó el presidente de la Cámara, hubo magníficos banquetes en la regencia, se probaron con éxito las ametralladoras, se calmó la crísis, y el jefe del Gobierno, el general Prim, llegó con pié firme y rostro sereno hasta el palacio de la representacion nacional.

—¡Ay! de él... murmuraban los pesimistas.

—El país va á pedirle cuentas estrechas.

—Al entrar en la Cámara se disuelve el ministerio.

—Los republicanos fulminarán terroríficas censuras.

—Los demócratas se mostrarán intransigentes.

—Los perlinos harán gala de una severidad catoniana.

—Los septembristas pedirán el fin de la interinidad y el rey de la Revolucion.

—Los carlistas traerán al debate las causas y los fectos de su última insurreccion.

Todo era escollos, peligros: la puerta del Congreso debia parecer al general una puerta arrancada de la *Divina Comedia*.

Inútil prevision, piedad estéril.

Dos ó tres dias ántes de que pudieran las diversas aspiraciones formar el caos, hizo la luz.

—Ya hay candidato, dijo: y con esta palabra que á los españoles debe parecernos bíblica, desorientó á las oposiciones. Todas las censuras cayeron por su base, las armas preparadas quedaron inutilizadas; sobre los cuatro ó cinco meses de interinidad, de rabiosos gritos de la oposicion, de desventuras en las provincias y si se quiere hasta de calamidades, echó un manto, qué un manto, una púrpura régia. Los diputados y el país han visto el cetro y la corona en la bandeja de oro, han sabido que hay rey, que el duque de Aosta y conde de la Palla, hijo de Víctor Manuel, el soberano de Italia, acepta la corona y el cetro de San Fernando, y deslumbrados con la esperanza de que la monarquía sea al fin monarquía, quedaron suspensos y como petrificados.

El ministerio, con el general Prim á su cabeza, entró majestuoso en el templo de las leyes, y tuvo la suerte de que sólo fulminaran censuras dos diputados republicanos, que poseidos de un ardor poco parlamentario, despejaron despues de la tempestad que produjeron las nubecillas negras que habia formadas en el cielo ministerial.

La solemnidad de Todos los Santos y la Conmemoracion de los difuntos acabaron de preparar los ánimos para recibir la solemne declaracion de que el duque de Aosta aceptaba el trono de España.

Llegó el dia 3, y la muchedumbre se agolpó á las puertas del Congreso. Se abrió la sesion, y el jefe del Gabinete anunció que habia rey.

Castelar con su elocuente palabra trazó un cuadro pavoroso. Rios Rosas pidió la discusion de las negociaciones diplomáticas.

Despues de tres discursos, el presidente de la Asamblea pronunció con voz solemne esta frase:—Orden del dia para el 16 del corriente: eleccion de un rey.

Hé aquí una chispa eléctrica que á estas horas ha llegado á los últimos rincones de España, como un fuerte ataque de nervios.

El Gobierno y las Córtes nos han dejado doce dias para discutir á nuestras anchas en los paseos y en los cafés, en los salones y los talleres, la personalidad del que parece llamado á ser el soberano de los españoles.

Mero cronista, no necesito para nada emitir mi opinion; pero faltaria á mi deber si no consignase que el dilema que ha creado la presentacion de la candidatura del duque de Aosta es doloroso: no ha producido entusiasmo, ni siquiera curiosidad: y una de dos; ó no somos monárquicos, ó el candidato inspira hasta ahora escaso interés.

—Pero si no tiene partido, exclama uno.

—Mejor; con eso no será apasionado, contesta un ministerial.

—Si nadie le conoce.

—Con eso durará más la ilusion.

—Dicen que ignora nuestro idioma, y nuestras costumbres.

—Mientras las aprende no estará ocioso.

—No representa nada.

—¡Bah! déjese usted de tonterías. En una monarquía democrática el rey es un símbolo. Es jóven, buen mozo, aficionado á espectáculos, á diversiones, tiene una esposa encantadora, y llenará el palacio y el desierto palco de la Opera.

—No me parece que eso basta.

—La cuestion es salir de la interinidad.

Así hablan los más circunspectos: los apasionados se explican de otro modo, con más colorido.

El pueblo, por su parte, no se explica lo que le pasa, y lo más frecuente es que las personas que se ponen á hablar del asunto se separen diciendo:

—Yo creo que no viene.

—Lo mismo creo.

Esta es la verdad pura de lo que se habla en los círculos de Madrid: no sé en las provincias cómo pensarán sus habitantes.

Todo es en la actualidad temores y esperanzas.

La ley votada por las Córtes obliga á los diputados á permanecer silenciosos y recogidos doce dias.

La votacion solemne no ha tenido aún lugar: España espera el desenlace del drama con ese silencio de los espectadores que asisten á una situacion teatral, silencio que permite oir el vuelo de una mosca.

Tal es la situacion política de España en los momentos en que escribo, y en honor de la verdad parece que Madrid ha adivinado que al fin y al cabo va á tener rey, suponiendo que lo logre.

Hoy por hoy no hay en Europa una capital más alegre, más espléndida, más animada que Madrid.

París está sitiado: todas las plagas pesan sobre sus habitantes; Lóndres vive preocupado con el engrandecimiento de Prusia, y arreglando la Europa á su gusto no tiene tiempo de *boxear;* Viena está sobre poco más ó ménos como Lóndres; Roma está herida; Florencia cuenta las pérdidas que va á sufrir con la cesantía de que está amenazada; Berlin llora á los muertos; San Petersburso observa y se arma; Lisboa está en crisis; Madrid, sólo Madrid goza y rie y está en continua fiesta.

Inundado de franceses que han venido á llorar la ruina de su patria, de forasteros que evaden con razon los estragos de la fiebre amarilla, en todas partes hay vida y movimiento.

El metálico abunda: el abono del teatro de la Ópera asciende á un dineral, los demás teatros están llenos; no bastan los que existen, y se disponen á abrir sus puertas dos nuevos coliseos: uno en la calle de la Libertad, otro en la calle de Santa Brígida; áun no hay los suficientes, y un capitalista manda á pedir á Lóndres un teatro de hierro.

El café Fornos llena sus libros de números y sus cajas de dinero; no hay en las fondas ni en los hoteles habitaciones vacías; las casas de huéspedes fomentan la familia y practican la fraternidad colocando dos ó tres camas en cada alcoba; en los paseos se ve un lujo fantástico; sobre los cocheros de plaza llueven propinas; las tiendas sacan sus reservas y venden como producto de la última moda de París—¡la moda de París! ¡qué sarcasmo!—venden, repito, los géneros atrasados, y los de difícil colocacion.

El dinero afluye al mercado, y los cambiantes de moneda aseguran que el movimiento de París se ha venido á Madrid.

Esto parece una apoplegía de felicidad.

Las letras y las artes se animan. Por las revistas teatrales que un distinguido crítico publica en LA ILUSTRACION, se enteran los lectores del éxito y calidad de las nuevas producciones; en el Museo de Pinturas se proyectan mejoras; las obras de embellecimiento del palacio de Buenavista avanzan; los centros de enseñanza se multiplican en Madrid; y si bien es verdad que en los últimos dias se han arrojado dos personas á la calle desde elevados balcones, estas desgracias, por sensibles que sean, no pueden turbar la alegría que la sociedad madrileña respira por todos sus poros.

Tambien en un rincon de España ha tenido lugar un suceso importantísimo.

En la villa de Quel se ha calocado una lápida conmemorativa en la casa en que nació el inolvidable y por fortuna viviente aún poeta cómico don Manuel Breton de los Herreros.

La iniciativa de este plausible homenaje á uno de los talentos más puros y más fecundos de nuestra época, se debe á don Salustiano de Olózaga.

LA ILUSTRACION dedicará, segun mis noticias, á esta solemnidad toda la atencion que merece. Por mi parte consigno el hecho y felicito, interpretando los deseos de los lectores, al poeta esclarecido y al hombre de Estado que ha sabido pagar un tributo al poeta y llevar al alma del hombre enfermo y retirado una dulcísima alegría.

Mientras que la Rioja festeja á su hijo, el creador de Calamocha, tipo que hoy más que nunca debe recordarse, Cádiz, la hermosa Cádiz, se halla bajo la impresion de una triste noticia.

Ha corrido el rumor de que la empresa de los señores Lopez y Compañía, propietaria de los vapores correos de Cuba, desea y abriga la esperanza de conseguir que sus embarcaciones verifiquen sus salidas desde Santander y rindan todos sus viajes en el mismo punto.

Con decir que una gran parte de la vida de Cádiz la debe á sus inmediatas relaciones con el Nuevo Mundo, se comprenderá que el deseo de los señores Lopez y Compañía será, si llega á realizarse, un golpe fatalísimo para aquella capital.

Varias cartas recibidas por el director y propietario de LA ILUSTRACION, demuestran que si el Gobierno accediese á los deseos de la Compañía, daria á Cádiz el golpe de gracia.

Para terminar esta crónica recordaré que la Francia ha sufrido la segunda herida mortal con la capitulacion de Metz; la tercera la han producido los intransigentes de París, rebelándose contra el gobierno constituido. En la actualidad se espera de un momento á otro la paz, y con ella un Congreso que reorganice la Europa.

Hoy no hay nadie que crea que la Francia puede deber su salvacion á la guerra: sólo la paz puede poner término á la horrible crísis por que atraviesa.

Las cartas de Roma aseguran que el gobierno italiano no tiene motivos para estar satisfecho de su triunfo.

La diplomacia no parece aceptar esta vez la teoría de los hechos consumados, y el pueblo experimenta los naturales efectos de la reaccion.

Para buscar en Europa algun rasgo bello, es preciso fijar los ojos en Inglaterra, donde la reina, prescindiendo de la razon de Estado, ha permitido que su hija Luisa alcance lo que parece vedado á los príncipes, la felicidad del amor, uniéndola con un noble lord que ha logrado inspirar á la jóven princesa un afecto tiernísimo.

No quiero poner fin á este artículo, sin anunciar que el utilísimo invento para apagar incendios instantáneamente, debido al ingeniero español don Ramon Bañolas, y al cual dedicó sinceros elogios LA ILUSTRACION cuando se hizo su ensayo en Madrid, ha sido acogido con entusiasmo por capitalistas y propietarios distinguidos, que penetrados de su eficacia y perfeccion, han tendido una mano al inventor, facilitándole los medios de que sea *profeta en su patria*. Se ha celebrado una junta al efecto; los informes oficiales del Conservatorio de artes y de otros centros facultativos son magníficos; todo hace creer que esta vez logrará el triunfo el génio español, y LA ILUSTRACION, como es justo, publicará en breve en un Suplemento el retrato del señor Bañolas, los informes mencionados y un estudio científico del aparato en cuestion.

Es un homenaje debido al talento y á la aplicacion de nuestro ilustrado compatriota.

JULIO NOMBELA.

EPISODIOS Y PAISAJES.

LA CINTA BLANCA.

I.

OCTUBRE.

La luz del sol poniente se derramaba melancólica por los cielos, y sobre los montes y sobre las aguas. Dormia sosegado el mar, en cuyo limpio espejo pintaba su fragoso contorno la ribera; como un marco prolijo y curiosamente esculpido, ceñian de sombras y reflejos el cristal de la bahía, cumbres y hondonadas, bosques, praderas y pueblecillos.

Ocupa la cima de uno de esos promontorios el cementerio. Sobre su alta cerca descuellan la desmayada copa de algun sauce, la oscura aguja de algun ciprés, y entre su verde pálido ó sombrío el obelisco, el chapitel ó la cruz que coronan los sepulcros. Fué en otros tiempos dosel del fúnebre recinto una bóveda pomposa de follaje, á cuya sombra dormian ya dos generaciones. Manos profanas cortaron aquellos árboles arraigados en las entrañas de los muertos, nutridos del despojo humano que la religion ampara y recoge. Si el pueblo no careciese de memoria, andando el tiempo la leyenda contaria que al golpe del hacha gimieron los troncos, que de su herida primera corrió sangre; mas el pueblo se mofa de la leyenda, que es fé, le pesa la tradicion, que es agradecimiento á veces, á veces justicia.

Hácia la puerta del Campo-Santo caminaba un entierro. Iba el ataud en hombros, coronado de rosas blancas y de un ramo cubierto que oscilaba á compás del paso de los sepultureros. Caíanle encima hojas de los chopos del camino lentas y pausadas como caen las hojas en otoño, sin violencia visible, sin que lluvia las abata, ni viento las desgaje, porque les falta vida, porque no llega á ellas la sávia que las vigoriza, las colora y las ata á la rama.—Así habia caido yerto, exhausto, consumido por la vida al cabo de breve primavera, el cuerpo encerrado en la caja.

Ultimos lazos que le ligaban al mundo parecian cuatro cintas de seda blanca prendidas por un cabo en el ataud, puesto el otro en manos de otros tantos jóvenes que le acompañaban; rotos estos lazos, sólo quedaba la hambrienta fosa, la insaciable tierra.—Al borde de ella dijo el sacerdote las oraciones postreras, roció con agua bendita la negra estameña, y á pocos momentos, del fondo de la huesa subió el ruido seco y pavoroso del ataud bajado á su profundo seno.

Ahuyentado por él, sin duda, voló desde un grupo de thuyas, que envolvia la vecina sepultura, al canoro pájaro, á quien llamó un poeta ruiseñor de otoño. Viste de cenobita, pardo y montés plumaje, mas le tiñen el pecho rojas llamas, símbolo de interna hoguera perenne y fecunda. Así, al par que sus trinos lloran las muertas alegrías, el extinguido fuego del verano, vibra en ellos generoso acento, presagio y anuncio de futura primavera. Cantor de la muerte cristiana, pasajera noche en cuya lobreguez fulgura misterioso el faro de la resurreccion.—Profeta de esperanzas, consolador de todas las agonías del alma martirizada que tantas veces cree morir en la vida, y resucita luego al premio y al descanso.

Cuando los testigos de la escena se esparcieron y alejaron, llegó á la rellena hoya un hombre é hincó en la arcilla una cruz negra con estas letras blancas:

MARÍA ANGÉLICA,
MUERTA Á LOS DIEZ Y OCHO AÑOS.
IN PACE.

Tres de los jóvenes que llevaron las cintas, recogiendo y guardando cada cual la suya, rodeaban al cuarto.—Apenas se vieron solos, apretándole las manos con sincera emocion, le decian:—¡Adios, Alberto!

Alberto no contestó; tenia los ojos henchidos de lágrimas, que cuando estuvo en su casa y á cubierto de miradas, estallaron y cayeron en abundancia sobre la cinta apretada á sus labios. ¡Cuánto le dolia el alma! Exaltado y crédulo, como lo son los pocos años, todo le parecia acabado en el mundo; fuera de su tristeza no sentia más vida que el afecto singular inspirado por aquel pedazo de seda, emblema y memoria de tantas cosas, de amor primero, de esperanza sin ocaso, de gloria sin hiel. Arrancárselo fuera apagar inhumanamente la poca luz de su razon atormentada; pensar que lo perdiera ó lo apartara de sí, seria sueño tan hondamente escondido en los senos de lo improbable, que no ocurriera al más perspicaz y poderoso entendimiento.

II.

FEBRERO.

No hay tirano más duro, más frio, más sin entrañas, que la mujer elegante puesta en moda, por un conjunto exquisito de cualidades raras, blason, caudal, hermosura y agudeza de ingenio. No todas las hidalgas son orgullosas, ni todas las ricas vanas, ni todas las hermosas zahareñas, ni todas las despejadas insensibles; mas la criatura en quien pone el cielo pródigo tales elementos de dominio y fuerza, alcurnia, opulencia, gracias en el rostro y talle, y gracias en el entendimiento; la criatura que siente su natural flaqueza armada, robustecida, levantada sobre la comun flaqueza de sus semejantes por tan singular privilegio, pronto se acostumbra á su invencible ascendiente, y usa y abusa de él, por instinto primero, por gusto despues, por hábito y necesidad al cabo; pues hombre ó mujer, un soberano jamás abdica espontámente sino creciendo, á semejanza de Cárlos V: sólo humillándose puede crecer.

Es la mujer en moda ídolo vivo, sensible cuanto los de piedra, y que sobre ellos tiene la conciencia de su papel.—Gusta y saborea el humo del incienso y el vapor de la sangre, se engrie y se gloria de los sacrificios cuya frecuencia y misteriosa pompa nunca descuida, porque de su aparato penden afeccion y prestigio, y el miedo sagrado que atrae adoradores al pié del ara, y traidos los ciega y ensordece, enerva su valor, ata sus manos, y los entrega fácil é inofensiva presa á un verdugo sin dogal y sin cuchilla.

El capricho es ley permanente de su exisiencia, ejercida como la ley austera é inviolada de los pueblos sencillos y bárbaros, sin duelo ni misericordia, con inexorable rigor y serenidad fanática.—Vida y fama, porvenir y creencias, ilusiones y fortuna, son la ofrenda contínua de su altar, ofrenda que el ídolo cobra y no restituye, devora y no estima, exige y no paga...

Estudiando alternativamente su hermosura y espléndido arreo en una luna frontera, y el efecto y poder de su voz en la fisonomía, en el gesto, en la actitud de Alberto, apoyado el brazo sobre un rico mueble, pegando desdeñosamente con un monton de lazos de diversos colores en que sumergia su mano dentro de un cestillo de plata, uno de tales ídolos, fingiendo hablar al aire, decia:—¡Ninguno blanco, todo blanco! ¡y es el único color que á mí me agrada!... ¡no bailaré!

Y levantaba su frente soberana, iluminada por los destellos de un clarísimo diamante, solitaria estrella prendida en la espesa nube de sus riquísimos cabellos, y tendia la soberbia mirada en torno vagorosa y fria. En nadie fija sus ojos; los pone más altos que el nivel humano, en las pinturas del techo, en los tapices de las puertas, en los vidrios de las arañas, en la luz de las bujías; busca otro mundo, otras gentes, alma hecha á habitar espacios donde la voz infinita y vária de un deseo suena apenas y ya es obedecida, si ántes de oirse no ha sido adivinada.

Alberto desapareció. El rumor de la fiesta, los afanes sin cuento que animan, estimulan y embebecen á todos y á cada uno de los que asisten á los espectáculos del mundo, envolvieron y disimularon su ausencia.

En tanto, rendidos de bailar, sudorosos y jadeantes, se desperdigan los pollos por los aposentos. No pasan las horas en vano: la fatiga crece, los brios menguan y el sarao declina. La dueña de la casa siente un hálito glacial y seco que cala el ambiente ardoroso y húmedo de sus salones, cuaja el entusiasmo y adormece las fuerzas, y á fuer de experta en conjuros, pronuncia la fórmula mágica que resucita, inflama y espolea: ¡El cotillon!

Cunde la voz de estancia en estancia, y cual en otra vision de Ezequiel, reanima y levanta de sofás y butacas, cadáveres y esqueletos. La pasion torna á inflamarse; recobra el cuerpo agilidad, y calor el deseo, espacio la ilusion y alas la esperanza. En cerebros y corazones vuelven á hervir y palpitar, livianos ó tiernos, criminales ó puros, insensatos ó astutos, propósitos y pasiones, y guiados por su impulso respectivo por la cortesía el uno, por la vanidad el otro, éste por el amor ó el vicio, y aquél por la codicia, vuelan los galanes á requerir sus damas.

Un favorito ordena las parejas y rige sus figuras. Las hay fáciles y complicadas, discretas y absurdas, elegantes y grotescas, dando ocasion á que luzca la destreza, la urbanidad, y á veces la grosería ó la torpeza de los hombres. Llega un momento en que éstos, trabándose de las manos, forman en rueda de la dama del rico brillante que ocupa el círculo entero con la ámplia falda de su vestido. Sobre las henchidas ondas de blanco tul descuella el noble busto, la cabeza dominadora y altiva, el gesto imperioso y la diestra caida, enseña un lazo de blanca seda. Entre el lazo y el rostro se dividen las miradas ansiosas de la humana rueda. Esta gira á cierta señal, y gira rápida y vertiginosa; se oye crugir el charol y estallar la cabritilla, los faldones vuelan y oscilan, cabellos y corbatas se descomponen y se enredan. Levanta su mano la dama, y cuando á tal mandato el remolino cesa, hállanse frente á frente la dama y Alberto.

Suelta el mancebo presuroso las manos de sus colaterales, desnuda la derecha, hinca sobre el guante la rodilla, á usanza de galan de capa y espada, y se deja clavar en la solapa izquierda el blanco lazo.

—¿De dónde vino el lazo que ántes no habia? ¿quién lo trajo?—El ídolo presentia una historia, adivinaba una felonía de Alberto; pero queria oírsela confesar, y buscaba su confesion con los ojos y con la palabra, registrándole é hiriéndole curiosa lo más vivo, lo más hondo del alma.—Pero la deslealtad acobarda, y el cobarde no coge el fruto de su deslealtad misma.—La piedra por otra parte no se cura de lo que la resiste

III.

MAYO.

Desde una ventana abierta contemplaba su jardin Alberto en uno de esos dias del año en que las manos de Dios parecen abrirse y dejar caer sobre la tierra el espléndido rocío de sus dones.

El suelo florecia y verdeaba, el cielo resplandecia, y sobre las alas mansas y sordas del ambiente corrian á todas partes suaves olores y suavísimos sonidos.

Á una parte veia los rosales que crecen á su albedrío, sin ser jamás castigados ni sujetos por rodrigon ó podadera; á otra un alto magnolia que al medrar desnuda sus ramas bajas y amontona y teje en la copa hojas y flores, como si sólo para el cielo brotara y hojeciera; más cerca tenia un cedro de tronco sano y verdor perenne, árbol grave y austero, incorruptible y provechoso como las memorias bíblicas que recuerda, y más cerca todavía las hileras de álamos airosos, á cuya sombra pasearon sus padres y crecieron sus hermanos.

Al pasar en ráfagas la brisa hacia surgir de tan fresca espesura rumores sin cuento, zumbar de insectos batir de hojas; lo mismo se agitaban y movian los recuerdos en el ánimo de Alberto; enojoso y triste enjambre, más pegajoso y tenaz, cuanto más en ahuyentarle persistia.—A engrosarle vino el son de las campanas del convento inmediato, que comenzaron á repicar: porque las habia oido niño, y al oirlas hombre, parecian decirle cuán largo espacio habia corrido entre ambas edades, y cuán poco se habia cuidado de emplearle robando sitio á la raíz de los pesares que ahora se lo embrozaba, y cuyos retoños le herian.

Oyó á poco abrirse la puerta del cuarto; volvióse, y vió entrar una de sus hermanas.

—¿Á qué tocan, Isabel? dijo.

—Á las flores de María, y viene el donado á pedir algunas del jardin; y tambien pide que le dé una cinta blanca, si la tengo, para adorno de la Vírgen.

El enjambre se levantó más zumbador é inquieto

MANUEL ALONSO, VETERANO DE TRAFALGAR.

que nunca en el pecho de Alberto: sintióle calmarse fijando sus ojos en el rostro de su hermana. Porque en la paz de aquel rostro se ahogaban las penas de muchos y se remediaban las miserias de no pocos.

Isabel, al parecer, vivia en el mundo; realmente vivia en el cielo, porque el cielo es hallar el propio bien en el bien de nuestros semejantes. Alberto leyó en sus ojos, como á menudo leia, el consejo eficaz conveniente á la situacion de su espíritu: leyó que Dios recibe gustoso todo lo que lastima y emponzoña el corazon del hombre, si éste se lo ofrece con pia fé.

—Yo te daré una cinta blanca, si sirve para la Virgen, dijo á su hermana; y fuèse á su armario, y sacando y deshaciendo el lazo blanco, se lo entregó.

Isabel, extendiéndolo y mirándolo por ambos lados, respondia: sí sirve; muchas gracias; está un poco manchado, pero con la plancha bien caliente se limpiará.

—Mucho limpia el fuego, murmuró entre dientes Alberto.

Para el culto del mes de Mayo armaban las devotas un altar á un lado de la iglesia, cubriéndole de flores y candelas, y en medio ponian una imágen de Nuestra Señora. Cada año, estimuladas las más inventivas y mañosas, presentaban una novedad más ó ménos oportuna en el adorno de la imágen. Ahora le corria en ondas de una á otra mano una cinta blanca impresa con letras azules. Los chicos agrupados junto á la mesa del altar descifraban la inscripcion á las devotas cortas de vista ó iliteratas que se llegaban á orar y á curiosear, y decia: «Venid los tristes, yo soy consuelo de afligidos.

JUAN GARCÍA.

FRANCISCO MESA, VETERANO DE TRAFALGAR.

EL PICO-AZADA-TRONERA.

Entre los inventos más recientes, ó mejor dicho, las últimas modificaciones á que ha dado márgen el estudio práctico de las armas modernas, merece especial mencion, por la idea hasta cierto punto humanitaria que lo ha inspirado, el *pico-azada-tronera*, cuyo diseño reproducimos en esta misma página.

Por la simple inspeccion del grabado á que nos referimos, podrán nuestros lectores formarse una cabal idea del *pico-azada* en cuestion; y no añadimos nuevos datos, porque áun no hay nada prácticamente resuélto sobre las inmensas ventajas que su autor, el ingeniero inglés Mr. Stewart Harrison, le concede como parapeto-tronera y utilísimo instrumento para los trabajos de zapa.

Su inventor le ha dado á conocer, pero no pasa de ser un proyecto que tiende á mejorar el mecanismo del arte de la guerra.

EL PICO-AZADA-TRONERA, INVENTADO POR EL INGENIERO INGLÉS MR. STEWART HARRISON.

GRAVINA

Y LA BATALLA DE TRAFALGAR.

Los nombres de Gravina y Trafalgar vivirán siempre unidos mientras viva la honra de España. Pasó ya el tiempo en que narraciones interesadas ó calumniosas como la de Thiers en su *Historia del Consulado y el Imperio*, pudieran empañar siquiera breves momentos el claro nombre de la marina española.

Hoy volvemos los ojos al glorioso dia 21 de Octubre de 1805, saludando con amor y respeto su memoria. Cierto que sin falso amor patrio, ni infundada vanidad que dé pábulo á la burla de nadie, podemos honrar á los vencidos y alzarles monumentos ménos perennes, en verdad, del que todo buen español consagra en su corazon á Gravina, Churruca, Valdés, Galiano, Álava y demás nobles compañeros de gloria y desventura por las aguas que rompen, repitiendo su nombre á las futuras generaciones, en torno del Cabo de Trafalgar.

Escrita está la historia y puestos en claro los gloriosos pormenores del combate. No vamos, pues, á referirle, sino á recordarle. ¿Qué otra cosa podriamos hacer, tratándose de Gravina y del monumento á sus restos consagrado?

I.

Por las aguas que el Atlántico envía hácia las costas del Sur y Occidente de la Península Ibérica, van en busca una de otra dos poderosas escuadras. ¿Tratan acaso, de ampararse mútuamente, en medio del poderoso elemento, cuyas vias en breves horas las pueden sepultar en el abismo? No en verdad. Navegan buscándose, pero en son de guerra.

EL ALMIRANTE DE LA ARMADA, DON CASIMIRO VIGODET.

El dia 20 de Octubre habia salido de Cádiz la escuadra franco-española. En la mar estaba ya la inglesa, y los nuestros vieron y oyeron, llegada la noche, las señales que, por medio de cañonazos y luces, hacian las fragatas británicas, indicando la direccion que seguia el enemigo.

Rayó el alba, el viento O. flojo y vario, el mar de leva, aunque sin reventazon, y la distancia de cuatro á cinco leguas á que se hallaban ambas escuadras, daban lugar al esplendente sol para esparcir sus rayos de alegria, hasta que el humo del combate, primero, y el retumbo de la tempestad, despues, llenaron de horror y espanto aquellos lugares.

Mandó Villeneuve, general en jefe de la escuadra franco-española, que ésta recibiese en línea al enemigo; pero torpe en todo, dió órden de no hacer fuego sino cuando los buques se hallasen muy cerca. Gravina, que mandaba la escuadra de reserva, hizo señal para que Villeneuve la dejase en libertad de combatir como mejor le pareciese. Entónces el almirante francés, movido de la pequeñez de su ánimo, si ya no le cegaba la envidia, se negó á la justa y prudente peticion del español. Al ver el contra-almirante lo que hacia Villeneuve, no pudo ménos, delante de todo su Estado Mayor, de decir que

EXEQUIAS FÚNEBRES Á LA MEMORIA DE GRAVINA, VERIFICADAS EN LA IGLESIA DE SAN FRANCISCO EL GRANDE EN MADRID, EL 23 DE OCTUBRE.

aquello era un desatino. Desde aquel momento estaba perdida la batalla.

Embistió la escuadra inglesa en dos columnas á cortar la línea franco-española, y los nuestros no pudieron aprovechar, sino en parte, todo el tiempo que debieran, cañoneando al enemigo, cuyos buques, muy cerca unos de otros, venian sin hacer fuego por órden de Nelson.

Llegó ántes una de las dos columnas, y contra ella rompió el fuego el *Monarca*, mandado por don Federico Argumosa. El *Royal Sovereign* de Collignwood, que iba á la cabeza, quedó desarbolado del mastelero de velacho, y obligándole al propio tiempo el navío francés *Fougueux*, con una descarga, á orzar, se apartó un tanto. Entónces embistió de nuevo el buque inglés hácia la proa del *Santa Ana*, donde tenia su insignia el general Álava, trabándose recio combate entre ambos navíos.

Nelson, en su *Victory*, quiso luego cruzar por entre el *Bucentauro* de Villeneuve y la popa del *Trinidad*, mandado por el general Cisneros, quien, poniendo las gavias por delante y estrechándose cuanto pudo con el *Bucentauro*, descargó sus cuatro baterías. Otros dos navíos ingleses de tres puentes cayeron tambien sobre el *Trinidad*, mientras Nelson le embistió por el costado opuesto, despues de dar vuelta por la popa del *Bucentauro*. De esta suerte tuvo que combatir Cisneros, á tiro de pistola, contra tres navíos.

II.

En tanto, Gravina, peleaba con dos navíos ingleses, que por aquel lado le embestian, cuando dos navíos más llegaron por sotavento, y como si no bastase, embistió otro por la popa. Júzguese cuáles no serian los daños padecidos á bordo del *Príncipe de Astúrias*.

En aquel horroroso y desigual combate, quedó Gravina herido en el codo izquierdo, encargándose del mando el Mayor general, jefe de escuadra, don Antonio Escaño. Herido tambien éste, tornó, despues de hecha la cura, al puesto á donde le llamaba su valentía.

Muertos Churruca y Mógua, comandantes primero y segundo del *Nepomuceno*, Alcedo y Castaños del *Montañés*, Galiano del *Bahama*, y sólo en el *Trinidad* siete oficiales, no bastaba á compensar tanta pérdida la muerte del ilustre Nelson, herido, segun unos, de bala de fusil, disparado desde la cofa de mesana del ya citado *Trinidad*, segun otros, y parece lo más cierto, del francés *Redoutable*.

Estaban, pues, heridos cuatro generales, y los capitanes de navío Valdés, Uriarte, Jado, Cagigal, Gardoqui, Pareja, Vargas y Argumosa, muerto el contra-almirante mayor francés, heridos tambien muchos oficiales de la misma nacion, prisionero el infausto Villeneuve, y desmantelados los mejores barcos de ambas escuadras combinadas.

Horrible vista, en verdad, presentaba la mar, envuelta en densa humareda, que apenas desvanecia la escasa brisa, estallando el relámpago anunciador del retumbo de los cañones, y á su siniestra luz pareciendo á trechos por las aguas, trozos de mástiles, restos de todo género y cadáveres mutilados!...

Dolor y áun remordimiento nos causa, no alabar, como era debido, á todos los buenos que en tan glorioso dia mantuvieron ilesa la honra de la patria, harto ajenos, por cierto, de la insensata y calumniosa manera con que un historiador francés habia de pagar, andando el tiempo, su noble sacrificio. Pero estas líneas van especialmente consagradas á Gravina, por más que sea imposible no ofrecer espontáneo y piadoso recuerdo á cuantos fueron buenos españoles en el combate de Trafalgar.

Horas y horas habian pasado. Eran ya las cinco de la tarde, y más bien señalaban nuestra desigual línea las llamas que despedian muchos buques, que la presencia de alguno que otro en regular estado. La líquida extension recorrida por los navíos ingleses victoriosos, era ya de éstos, no quedando á españoles y franceses sino el recurso de abandonar el campo á la fortuna.

III.

La voluntad de Dios habia concedido el triunfo á la marina británica, en cuyo poder quedaron diez y siete navíos, habiéndose volado además uno. Perdieron las escuadras combinadas cerca de siete mil hombres, llegando como á la mitad los que perdió Inglaterra en tan costosa victoria, para ella en gran parte oscurecida con la muerte de Nelson. Lloraron los ingleses á su noble marino de tal suerte, que apenas acertaban á pronunciar el nombre del funesto combate sin lágrimas en los ojos.

En tanto, el *Príncipe de Astúrias*, que, leon apercibido á la presa, habia buscado desde el comienzo el mayor número de enemigos, viendo perdida toda esperanza y llevando á bordo gravemente herido á Gravina, se retiró seguido de once navíos, últimos restos de aquella poderosa armada, que horas ántes hendia majestuosamente las ondas del Océano. Ni ahora ni nunca hemos de pasar en silencio la conducta del almirante Dumanoir, que huyó con cuatro navíos, pudiendo con harta razon decirse de él lo que Thiers dice de algunos españoles. Dumanoir, en efecto, salvó su vida, pero no su honra, eternamente manchada, á la par de cuantos se atrevan á ofender el recuerdo de tripulaciones como la del navío *Montañés*, por ejemplo, cuyos dos comandantes perecieron en el combate!

Tan grave era la herida del general en jefe español, que muchos médicos tuvieron por necesario cortarle el brazo. Hiciérase desde luego, y la vida del ilustre general estaba en salvo; pero quiso Dios que nuestra marina le perdiese.

Postrado en el lecho del dolor vivió algunos meses aquel que no debia sobrevivir á nuestra ruina. En las tristes horas que el padecer no lo estorbaba, pondria el buen marino el recuerdo de su gloriosa vida.

IV.

Nacido en Palermo á 12 de Setiembre de 1756, de don Juan Gravina y Moncada, duque de San Miguel, grande de España de primera clase, y de doña Leonor Neapoli y Monteaperto, hija del príncipe de Resetano, de igual nobleza y representacion entre los ricos-hombres de Castilla; Gravina, que desde niño habia mostrado gran cordura y disposicion para todos sus estudios, especialmente en matemáticas, sentó plaza de guardia marina en Cádiz á 18 de Diciembre de 1775, siendo un tio suyo embajador de Nápoles en Madrid. Pronto quedó habilitado para embarcarse en el navío *San José*.

El 2 de Marzo de 1776 fué nombrado alférez de fragata, yendo en la *Clara*, de la escuadra del marqués de Casa-Tilli, que llevaba á las costas del Brasil el ejército del general Ceballos. Fué luego la escuadra al Rio de la Plata, en cuyo embocadero fondeó el 27 de Febrero de 1777. Perdióse la fragata *Clara* en un banco; se salvó Gravina, y fué ayudante de la mayoría en el navío *San José*. Tornó despues á Cádiz en el *San Dámaso*, y fué nombrado alférez de navío en 1778. Guerreó despues con notable fortuna contra los piratas argelinos, á bordo de los jabeques *Pilar* y *Gamo*.

Cuando el bloqueo de Gibraltar, era Gravina teniente de fragata, y estaba encargado del mando del jabeque *San Luis*, donde se distinguió notablemente, con lo que ascendió á teniente de navío, siendo nombrado en Mayo de 1780 jefe del apostadero de la bahía de Algeciras. Entónces hizo varias presas. Hallóse en el sitio de Menorca con las fuerzas navales de don Ventura Morena, siendo notables sus servicios en el sitio del fuerte de San Felipe. Rendido éste, tornó al bloqueo de Gibraltar y á su antiguo apostadero.

En el ataque de aquella plaza mandó la batería flotante *San Cristóbal* (13 de Setiembre de 1782), la cual fué incendiada, á la hora, con bala roja por tres partes. Apagó el fuego Gravina; pero habiéndose renovado, hubo de abandonar la batería minutos ántes de que ésta volara. Siguió nuestra marina sirviendo gloriosamente al rey y á la patria, hasta la conclusion de la guerra. Cuando el bombardeo de Argel por don Antonio Barceló, mandaba Gravina la fragata *Juno*, y tuvo tambien á sus órdenes todas las lanchas (1783). En el del año siguiente mandaba el jabeque *Catalan*. En 1787 mandó la fragata *Rosa*, que formaba parte de la escuadra de evoluciones de don Juan de Lángara, y despues llevó en su buque á Constantinopla al primer enviado otomano recibido en nuestra córte, llamado Yusuf Effendi.

Era ya brigadier, cuando en Abril de 1789 fué nombrado comandante de la fragata *Paz*, con lo cual hizo el famoso viaje redondo á Cartagena de Indias, á donde condujo al gobernador don José Cañaveral. Dió á la vela en Cádiz el 12 de Junio, y el 2 de Setiembre, al amanecer, estaba ya de vuelta. En la escuadra formada en Cádiz el año de 1790 al mando del marqués del Socorro, mandaba Gravina el navío *Paula*. En África, cuando el abandono de Orán, mandó las fuerzas útiles y tropa de marina desembarcada.

Habiendo obtenido permiso para correr córtes, fué grandemente agasajado en Inglaterra. Cuando unidos con esta nacion guerreamos con la república francesa, Gravina arboló su insignia en el navío *San Hermenegildo*, de 112 cañones. En el sitio de Tolon combatió con tal denuedo en tierra, que al cabo quedó herido, y recibió del ayuntamiento tolonés una corona de laurel. Al retirarse de Tolon prestó la mayor ayuda á aquellos desventurados moradores. Fué nombrado teniente general, y apenas restablecido de su herida, tornó á embarcarse en el *San Hermenegildo* á primeros de Mayo de 1794.

Recordar sus servicios contra la célebre bombardera inglesa de Gibraltar, apellidada el *Bombo*, los dias 3 y 5 de Julio; los que prestó yendo de auxiliar de la escuadra francesa con cuatro navíos á Santo Domingo, en Diciembre de 1801; su regreso á Madrid el año siguiente, en que recibió la gran cruz de Cárlos III; el placer con que al cabo pudo abrazar á sus padres, hecha la paz; su nombramiento de embajador en París el mes de Junio de 1804; su embarque á bordo del *Argonauta* en Cádiz (15 de Febrero de 1805), comenzada la guerra con los ingleses; su salida de la bahía el 9 de Abril con seis navíos y una fragata, *equivalente á una victoria*, segun Villeneuve, en cuyo auxilio iba; su presencia en el combate de Finisterre (22 de Julio), donde él y sus españoles *combatieron como leones*, segun el mismo Napoleon, y se vieron abandonados de Villeneuve...

¿Qué más podia recordar Gravina, teniendo tan presente el glorioso desastre en que acababa de rendir en servicio de su rey la vida? Viendo inmediato su fin, recibió los auxilios espirituales, y dió el último aliento el 2 de Marzo de 1806. La hora de medio dia le vió entregar la vida en manos del Criador con aquella santa conformidad propia de todo guerrero leal y esforzado.

V.

España, fiel á su recuerdo y al de los nobles marinos de Trafalgar, les ofrece un tributo anual de respeto y santa adhesion. La marina, y en ello cumple como debe, consagra un monumento al ilustre general en jefe de aquella valiente escuadra, al amparo de la rotonda de San Francisco el Grande, cuyo ambiente religioso santifica el noble panteon.

Al solemne acto celebrado este año en el grandioso templo, han sido invitados, si bien ninguno pudo asistir, á causa de su avanzada edad, los señores almirante don Casimiro Vigodet, brigadier capitan de navío don Antonio Maimó, é intendente retirado don Joaquin Navarro, veteranos hoy y jóvenes servidores de España cuando Gravina combatia tan gloriosamente contra el más irresistible poder marítimo de aquellos tiempos.

Al llamarlos la marina, cual lo acaba de hacer, demuestra el respeto con que mira á aquellos testigos de la memorable batalla. Al honrar España á un almirante con el Toison de Oro, premia en el señor Vigodet, anciano de ochenta y cuatro años de edad y setenta y uno de servicios, ascendido ya á la alta categoría que hoy ocupa el 24 de Noviembre de 1858, los méritos contraidos por todos sus compañeros de

gloria, cuando él, jóven y alentado alférez de fragata, vió morir en derredor á tanto valiente.

En el centro de la iglesia se ostentaba el dia de la dedicacion modesto trofeo, en urna de cristal, formado de sombrero de tres picos con rojo plumero, baston, espada y aquella noble banda de seda, azul y blanca, que un rey de España consagró á la *virtud* y al *mérito* bajo el amparo de la Purísima Concepcion; prendas todas con que, por largos años, estuvo enterrado el cadáver de Gravina. Los ojos de cuantos asistian á la solemne ceremonia, iban desde allí á la primera capilla del lado izquierdo, colgada de negro, en donde se veia el sepulcro del insigne almirante, custodiado por cuatro guardias marinas.

Aquellos jóvenes, en el grandioso aparato de la funcion, presidida por el Regente del Reino, las Córtes representadas por su Presidente el señor Ruiz Zorrilla y una comision, en la asistencia del Presidente del Consejo, de los ministros de Estado, Marina, Fomento y Hacienda, de los representantes de Rusia, Inglaterra y Estados Unidos, del Almirantazgo, de la diputacion provincial, ayuntamiento, comisiones de la Órden de San Juan, de voluntarios de la libertad y otras muchas personas y corporaciones, hallarian no poco que ver y áun respetar. Que si obligado se halla todo buen ciudadano á mirar con el respeto debido á las personas en quien reside la autoridad, mucho más obliga el uniforme á quien tiene por sagrado depósito en sus manos la honra y la fuerza armada de un pueblo.

Aquellos jóvenes, mirando desde donde se hallaban al trofeo amparado de la soberbia rotonda, no tenian que aprender, porque ninguno lo ignora; pero sí verian confirmado por cuanto les rodeaba, que todo español halla en el recuerdo de Trafalgar noble muestra de virtud y heroismo; el marino, alto ejemplo de caballeros leales á la fé y palabra empeñadas, y la honra inmaculada, ante la cual enmudece toda calumnia, la veneracion y unánime acatamiento de los hombres.

FERNANDO FULGOSIO.

La música de la misa celebrada en San Francisco el Grande, fué la misma que se estrenó en el aniversario de Mendez-Nuñez. Su autor, don Santos Rosado, fué al propio tiempo director de la orquesta.

Además del toison concedido al señor Vigodet, ha recibido el brigadier honorario de la armada, don Antonio Maimó, la gran cruz de Isabel la Católica, libre de gastos. Tambien se ha dispuesto, de conformidad con el Consejo de Ministros, que el Almirantazgo proponga la remuneracion que deba concederse á los individuos de Trafalgar que áun existan, así de la clase de oficiales de mar y sus equivalentes, como de la clase de tropa y marinería.

Los dos veteranos que asistieron á la funcion, se llaman Manuel Alonso, soldado, y Francisco Mesa, carpintero. Ambos han recibido, uno la cruz de Cárlos III, y otro la de Isabel la Católica, además de la del Mérito naval.

MEMORIAS DE UN HOMBRE BONDADOSO.

Dios me perdone, pero creo que esa quisicosa que llaman *buen corazon* suele tener sus quiebras.

Y digo esto, porque una vez que tuve la feliz ocurrencia de recoger un perro vagabundo que andaba por la calle expuesto á ser apaleado por un transeunte ó á tener que aceptar el mortífero veneno que suele propinar el Ayuntamiento, me pesó y me está pesando todavía.

Tenia mucho instinto aquel perro. Al principio se dejó querer, y me fué dejando á la vez que le tomara afecto; y cuando á él le pareció sin duda que yo le queria de veras, se levantó de humor una mañana, y lo primerito que hizo fué comerse un loro que me habian regalado el dia anterior. En seguida se quiso comer al gato, y si no llego yo á terciar en el asunto, creo que se come á la criada (que fué por donde debió empezar y tal vez por eso lo dejó para lo último). Por fin se averiguó que el perro estaba un si es no es rabioso, cosa que casi sospeché yo cuando vi que salió de casa más de prisa que si le hubieran pedido dinero.

Mordió en la calle á una mujer, á tres hombres y á un aguador: total, tres personas y media.

Resultado: que aquel perro acogido por mí, hospedado en mi casa y atendido lo mismo ni más ni ménos que otro cualquiera, sin merecerlo por su clase, supuesto que ni siquiera llevaba levita como otros que vienen á verme disfrazados de hombres, tuvo por conveniente rabiar sin saber por qué, para ponerme en un compromiso.

Debo confesar, no obstante, que aquello no me sorprendió ni me enseñó nada, porque desde luego ví que el animalito tenia algo de hombre y *algos* de mujer. Y voy á probarlo.

Era una noche de Enero, fria y oscura, como es consiguiente.

Acababa yo de meterme en la cama, única cosa en que suelo meterme con frecuencia.

En tal punto, llamaron á la puerta de mi cuarto.

Salté al suelo, abrí la puerta y se presentó un amigo.

Los amigos, ha dicho no sé quién, son como los coches de plaza; están á mano siempre que no hacen falta.

El amigo se presentó diciendo que no tenia donde dormir.

Como yo soy soltero, no tengo más que una cama; y como el amigo venia cansado y me aseguró que no habia comido aquel dia, necesitaba hacer la digestion cómodamente.

Mandé que le dieran de cenar y le cedí mi cama. Se acostó en ella, y yo me tendí en una butaca y puse los piés en otra.

Me dormí escuchando al amigo, que decia: ¡Qué bueno eres! ¡qué bueno eres!... ¡Nunca me olvidaré de esta noche!

Yo no comprendí en aquel momento cómo podia yo ser más bueno que otro cualquiera por hacer lo que hubiera hecho cualquiera otro en mi caso. ¡Cuando lo comprendí fué á la mañana siguiente al despertar con las piernas medio cristalizadas, y observar que el amigo se habia ido sin decir adios, y llevándose mi capa! ¡Al ménos el perro no se llevó nada!

Hablemos de Elvira.

¡Elvira!

¡Qué nombre tan bonito! ¿Verdad? Más bonita era ella.

La conocí en una tienda de modas. Entré á comprar un sombrero de paja de Italia, para una mujer qué me adoraba, pero que me olvidó por un señor que la regaló dos sombreros. Y Elvira, tan modesta como modista, me cautivó de buenas á primeras.

Tenia dos cosas que no suelen tener las modistas: madre y buena letra.

A los pocos dias de hablar con ella y con su madre, se me presentó un mocito de estos que hay por Madrid, delgaditos, morenitos, con pantalon de campana, chaqueta ajustada, gorrita de visera echada sobre los ojos, melenillas por encima de las orejas, y baston de estoque. Uno de esos que silban por entre los dientes y que yo no sé qué relaciones tienen por allá arriba; pero ello es que le llaman á Dios de tú, segun ellos mismos dicen.

Dicho sugeto me habló de que él *tenia que ver* con aquella mujer, y me preguntó si me queria *tomar con él dos puñaladas*. Como es de suponer, le contesté que estaba desganado.

Como mis miras respecto de la chica, tenian más de proteccion que de amor, quise retirarme. Yo habia soñado con hacer feliz á una mujer pobre, ¡y eso que yo no era rico! Pero ella me aseguró que me queria mucho, á pesar de que á su mamá no le hacia mucha gracia mi persona.

Pasó tiempo, entró la reflexion, mamá estaba contenta, la niña más; ¡yo amaba á Elvira! (¿Decia usted algo?)

Pues señor, hé aquí que un dia pasábamos por delante de una administracion de loterías. Me dá una corazonada: compro medio billete, y se lo regalo á mi amada. Número 25.001.

Me despido de ella, me voy á casa y me acuesto...

Al despertar encuentro en la mesa de noche la siguiente carta:

«Cabayero: Soy una higa que se Sacrifiga por la obediencia de su Madre: Mi mamá yora mucho porque he degado plantao á Isidro y Isidro dice que me güiere siempre lo mismo que siempre. Seria muy mala si sijiera encañándole á Ustez por consiguiente adios para siempre su

ELVIRA.»

¿Ustedes creerán que me desconsolé y me dí de calabazadas pensando en la causa de tan súbita resolucion? ¡No! En seguida adiviné que habia salido premiado el 25.001. Efectivamente, así era.

¡Qué *despertares* tan horribles los mios!

La mitad de la sociedad se compone de ingratos, y la otra mitad de desagradecidos.

¡Pues no le digo á usted nada de los criados!

¿Será verdad que hay criados que quieren á sus amos?

Yo estoy un tantico soliviantado desde que veo que cuando un individuo se permite decir la verdad le suelen llamar mal criado, porque deduzco que es un doble insulto.

Ame usted á una mujer ajada, pero adornada y compuesta en los salones donde usted la conoció primeramente. Déjela usted en cuanto se convenza de que aquella mujer no queria más que tenerle á usted para ayudarle á sobrellevar la ruina de su belleza, y verá usted cómo aquella mujer dice que es usted un malvado.

Haga usted á un amigo gobernador de una provincia. Como vaya usted á la provincia aquella, de seguro duerme usted en la cárcel.

Firme usted un pagaré á un amigo de confianza, y tenga usted la seguridad de que pagará siempre por su amigo.

Regale usted un cigarro á la primera persona que encuentre en la calle. ¿A que ántes de fumarlo pregunta si es del estanco?

Muérase usted en invierno y deje dicho que le entierren á las cinco de la mañana. ¿Se quiere usted apostar cualquier cosa á que no hay quien le acompañe á usted al cementerio?

En una palabra: haga usted todo el bien que pueda reparta usted su dinero y su amistad por este bajo mundo; tenga usted un corazon como una casa de huéspedes; fíese de todo el mundo... y ello dirá: y si se encuentra usted por ahí á mi perro... llévesele usted á casa.

EUSEBIO BLASCO.

PALACIO DE CAMDEN EN CHISELHUST.

En uno de los anteriores números publicamos el retrato de la emperatriz Eugenia. Hoy reproducimos la vista del bellísimo palacio de *Camden*, que habita en la hospitalaria Inglaterra la que hasta hace poco ha sido soberana de los franceses. Este palacio pertenece á Mr. Strode, uno de los mejores amigos de Napoleon, y es una verdadera obra maestra de arte arquitectónico, hallándose además rodeado de preciosos jardines. Por sus recuerdos históricos es muy digno tambien de ser morada régia.

Dicen que una de las circunstancias que más han influido en el ánimo de la emperatriz para decidirse á fijar en él su residencia, es la de hallarse próximo á una capilla católica.

La emperatriz busca en la religion, en el amor de su hijo y en la soledad, el consuelo que necesitan las grandes desgracias que pesan sobre ella. Como el de María Antonieta, su recuerdo será siempre simpático para todas las almas generosas.

ROMA.—PUERTA DE SAN JUAN DE LETRAN.

ROMA.—PUERTA DEL PÓPOLO.

ROMA.—PLAZA DEL PÓPOLO.—Las tropas italianas toman posesion de la plaza, é impiden que el pueblo bajo ataque á los zuavos pontificios prisioneros.

PIO IX.

Los últimos acontecimientos de Roma inspiran nuevo y más vehemente interés si cabe hácia la majestuosa figura del jefe del catolicismo. La Ilustracion publica su retrato, tomado de una reciente fotografía, y si no le acompaña con un estudio biográfico tal como merece la larga historia del Pontífice que ocupa la silla de San Pedro desde hace más de veinticinco años, por lo ménos recordará en breves apuntes los datos más importantes de tan aprovechada y virtuosa vida.

Juan María Mastai Ferretti, nació en Sinigaglia, pequeña ciudad de los Estados Pontificios, en 13 de Mayo de 1792. Sus padres pertenecian á la ilustre familia de los condes Mastai Ferretti, cuya nobleza se remonta al siglo XIII.

Á los once años de edad entró como alumno en el célebre colegio de Volterra, dirigido por los Padres Escolapios, donde permaneció hasta 1808.

En 1809 recibió la primera tonsura, y despues fué á Roma para continuar sus estudios.

Promovido al sacerdocio, el dia de Pascua de 1819, dice en su historia de Pio IX el señor Carbonero y Sol, celebró por primera vez el santo sacrificio de la misa en la iglesia de Santa Ana *Dei Falegnani*, refugio de niños pobres, conocido vulgarmente con el nombre de *Tata Giovani* (Tio Juan), pobre albañil de Roma que se habia consagrado á amparar, hospedar y mantener con las limosnas que recogia á los huérfanos de la ciudad. El presbítero Mastai visitaba diariamente este asilo para enseñar el Catecismo á los acogidos, para dirigir su educacion religiosa, para vigilar y estimular su educacion profesional.

Siete años se consagró á este santo ejercicio, en el que adquirió piadosa celebridad, no sólo por su celo apostólico, sino porque invertia todas sus rentas en beneficio del Hospicio.

En 1823 fué nombrado auditor de la nunciatura que Pio VII enviaba á Chile, Méjico y el Perú á cargo de monseñor Mazi. Ha afirmado algun biógrafo suyo, que á su paso por Mallorca fueron detenidos los individuos de la nunciatura, á causa de las dificultades que las autoridades españolas encontraron en los papeles del buque, y segun otros, á causa de la mision que llevaban á la América, insurreccionada contra España. Esta es la razon que, segun dicen, tiene Pio IX para decir con mucha gracia: «Yo he sido prisionero de España.»

Á los tres años, y despues de haber residido algun tiempo en Montevideo, volvió á Roma, y á su llegada fué ascendido por Leon XII á la prelatura romana, nombrándole presidente del Hospicio de San Miguel, al otro lado del Tiber, el más antiguo y el más vasto de todos los establecimientos de caridad que hay en Roma.

El acierto, el celo, la actividad y el desinterés con que se condujo en este nuevo cargo, movieron á Leon XII para elevar á Mastai Ferretti al arzobispado de Spoleto, en 21 de Mayo de 1827.

ROMA.—Pio IX.—(De fotografía.)

Gobernó esta iglesia durante cinco años, y en ella fué misionero como en Sinigaglia y Chile, padre de los pobres como en Roma, fundador de un hospicio y de una escuela gratuita, y por último, con su presencia y con su heroismo logró desarmar en 1831 á los cuatro mil insurrectos revolucionarios que, huyendo de los austriacos, llegaron á las puertas de Spoletto, desguarnecida, en ademan de llevarlo todo á sangre y fuego. El arzobispo salió á su encuentro, y logró rindiesen á sus piés miles de fusiles y cinco cañones, implorando perdon.

Allí fué donde un espía entregó al arzobispo una lista de personas sospechosas; pero éste arrojó el papel al fuego, diciendo: *Cuando un lobo quiere hacer daño á las ovejas, no empieza por dar aviso al pastor.* Su corazon estaba lleno de una caridad ardiente hácia los pobres, y cuando consumió en su socorro la última moneda, les dió su plata labrada.

En 1832, Gregorio XVI trasladó al arzobispo Mastai Ferretti á Imola, sede tan importante, que de ella han subido varios obispos al Sumo Pontificado.

En el Consistorio de 23 de Diciembre de 1839, Gregorio XVI le declara cardenal *in pectore*, y se proclamó en el de 14 de Diciembre de 1840 (á los cuarenta y ocho años de edad), con el título de San Pedro y San Marcelino.

Por muerte de Gregorio XVI (1.º de Junio de 1846), el cardenal Mastai Ferretti es llamado al Cónclave. Llega á Roma en la tarde del 12 de Junio de 1846; entra en el Cónclave el dia 15; cincuenta cardenales forman el Cónclave, y en las cuarenta y ocho horas que en él permanecieron, hubo cuatro escrutinios. El que se hace con arreglo al ceremonial aprobado por Gregorio XV suele á veces ser operacion muy dilatada.

«El cardenal Mastai, dice un escritor autorizado, veia reconcentrarse en su persona los votos que iba perdiendo el cardenal Lambruschini, juntamente con un número, siempre creciente, de los sufragios repartidos entre otros cardenales.» En el segundo turno habia ganado ya cuatro votos el primero, mientras que el segundo habia perdido dos. En el tercero el cardenal Mastai Ferretti, como escrutador, leyó once veces el nombre de Lambruschini y veintisiete el suyo propio. Se acercaba el desenlace, y se aumentaba la emocion del Cónclave. Á las tres de la tarde del mismo dia 16 se abrió el escrutinio. El cardenal Mastai estaba en su puesto, pálido, y al parecer preocupado de profundos pensamientos: el resultado de la prueba de la mañana le tenia lleno de pavor. Todo el tiempo que habia mediado entre uno y otro escrutinio, lo habia pasado en la oracion.

Abierta la sesion con el himno *Veni Creator*, se procedió á escribir las cédulas y á depositarlas en el cáliz; en seguida se recogieron los votos de los enfermos con las formalidades de costumbre, y reunidos todos, en medio del más imponente silencio, se dió principio á la extraccion de los votos.

El escrutinio se concluyó lentamente. Al llegar á la última de las treinta y ocho cédulas, él habia leido su nombre treinta y seis veces.

Hecho el recuento, todo el sacro colegio confirmó la eleccion por aclamacion.

El dia 17 de Junio, á las cinco de la tarde, recibió el nuevo Pontífice la adoracion del sacro colegio en la

MINISTERIO DE EDUCACION INSTITUTO DE

basílica de San Pedro y San Pablo, y despues de dar la bendicion apostólica á la multitud que llenaba la plaza de San Pedro, y le victoreaba con entusiasmo y hasta con delirio, el Padre Santo, con el nombre de Pio IX, se dirigió y entró solemnemente en el palacio del Quirinal. Fué consagrado Sumo Pontífice el dia 21 de Junio de 1846.

Desde entónces la série de vicisitudes por que ha pasado, bastarian para formar un voluminoso libro. Perseguido unas veces, triunfante otras, incansable en su obra, su historia es la del catolicismo, la de la política internacional del período de tiempo en que rige la Iglesia.

«Cuatro grandes enemigos venian combatiendo á la Iglesia en estos últimos siglos, dice un escritor: el protestantismo, el jansenismo, el galicanismo y el josefismo, y de todos ha triunfado en el pontificado de Pio IX, hasta quedar los tres últimos reducidos á la nulidad. El protestantismo va perdiendo cada dia más terreno.»

«La coleccion de las encíclicas, bulas, breves, alocuciones y demás actos oficiales de Pio IX, añade el escritor citado, forma el mejor elogio de su pontificado. En ella está consignada la série de sus combates y de sus triunfos, de sus amarguras y de sus consuelos, de su celo, de su actividad y de su heroismo. En la forma son modelos de literatura; en la esencia son verdaderas inspiraciones para regir y gobernar la nave de la Iglesia, en este mar revuelto por los incesantes huracanes del siglo: el filosofismo, el socialismo y el racionalismo, el liberalismo, el progreso y civilizacion moderna y demás errores condenados en la Encíclica de 18 de Marzo de 1861, y con nueva energía y más extension en la de 8 de Diciembre de 1864 y *Syllabus* á ella adjunto.»

Despues del triunfo obtenido por Su Santidad con la celebracion del Concilio ecuménico, ha amargado sus últimos dias la ocupacion de Roma.

Respetemos los misterios de la Providencia, y aguardemos sus fallos con la serenidad y la esperanza que enjendra la fe.

ROMA.

LOS ZUAVOS PONTIFICIOS Y EL PUEBLO ROMANO DESPUES DE LA ENTRADA EN ROMA DE LAS TROPAS DE ITALIA. —LAS PUERTAS DEL PÓPOLO Y DE SAN JUAN DE LETRAN.—EL PUEBLO Y LOS SOLDADOS FRATERNIZANDO. —EL CARDENAL FESSLER.

Continúan fijas en la Ciudad Eterna las miradas de todos los católicos que áun no han podido darse cuenta de la verdadera situacion en que ha quedado la capital del catolicismo. Todo cuanto á Roma se refiere ofrece el mayor interés, y por eso LA ILUSTRACION publica en este número uno de los mejores y más auténticos retratos que se han hecho de Pio IX, las escenas más culminantes que tuvieron lugar entre el pueblo romano y los zuavos pontificios despues de la capitulacion, las puertas del Pópolo y San Juan de Letran y el retrato del cardenal Fessler.

En otro lugar recordamos los datos biográficos del Sumo Pontífice: en este artículo condensaremos las noticias relativas á la explicacion de los demás grabados.

La Plaza del Pópolo, célebre por su extension, por la artística puerta que la corona, y más aún por los recuerdos históricos que evoca, es el teatro de la escena que aparece en la pág. 392, trazada en vista de un cróquis que debemos á un pintor español residente en Roma.

Las tropas italianas han triunfado, y el pueblo, segun su antigua costumbre, llena tumultuoso la plaza de su nombre. Algunos de los zuavos que han depuesto las armas, son conducidos á la ciudad. Los patriotas en actitud amenazadora los provocan y se lanzan á vías de hecho; pero los bersaglieres que los custodian se interponen, los defienden, y á las acriminaciones suceden vivas frenéticos á la libertad y á Víctor Manuel.

El cuadro es animado y nada edificante.

El sitio en donde pasa la escena ha sido teatro de todas las conmociones de Roma.

En dicha plaza se reunian las masas populares cuando acudian al Quirinal á felicitar á Pio IX por la amnistía, por el establecimiento de la milicia nacional, por el de la consulta de Estado, por la promulgacion de la Constitucion. En ella se consumó el asesinato del ministro Rossi, y cuando el Papa salió de Roma proclamaron en ella la república coronando el magnífico granito de Ramses que se levanta majestuosamente en su centro desde el pontificado de Sixto V.

La puerta que en el grabado de los zuavos y el pueblo aparece en el fondo, pueden los lectores contemplarla con más extension y detalles en el grabado que la reproduce íntegra.

Esta puerta fué abierta en los muros de Roma por el emperador Honorio en 402, y á principios del siglo VII fué trasportada á la plaza en donde hoy se encuentra, tomando el título de *Plaza del Pópolo* por su proximidad á la iglesia de *Santa María del Pópolo*. En 1561 mandó Pio IV decorar su fachada exterior con arreglo á los dibujos de Miguel Angel, al escultor Santiago Barozzi. No es, sin embargo, uno de los mejores modelos de ornamentacion de Roma. Consiste el adorno en cuatro columnas de órden dórico, elevándose en los intercolumnios las estátuas de San Pedro y San Pablo. El papa Alejandro VII mejoró en 1655 esta puerta, que aumenta la grandeza de la plaza á que sirve de entrada.

Respecto de la Puerta de San Juan de Letran que reproducimos en otro grabado, sólo diremos que toma su nombre de la basílica del mismo título próxima á ella. Santiago de la Porta, arquitecto distinguido, la construyó por órden de Gregorio XIII para reemplazar la antigua puerta *Asinaria*, de la que áun se conservan dos torres á la derecha de la nueva puerta. Fotila entró por ella, gracias á la traicion de los soldados que la custodiaban. Dicha puerta abre paso á la *Via appia nuova*, que conduce directamente á la bella ciudad de Albano.

Otro de los grabados representa una escena de fraternidad entre los soldados de Víctor Manuel y los patriotas romanos. Del brazo aquellos y éstos, enarbolando las banderas, cantando llenos de júbilo recorren las calles rodeados de mujeres y chicos que dan animacion al cuadro.

Por último, publicamos el retrato del cardenal Fessler, secretario del Concilio, y uno de los miembros más importantes del Sacro Colegio. Por su claro talento, su viva imaginacion, su actividad y su influencia, es una de las primeras figuras de la Iglesia moderna, y como es jóven debe presumirse que tomará una parte importantísima en los sucesos que parece probable han de tener lugar, cuando el Pontificado aspire á recuperar el trono que acaba de perder. Los datos biográficos de este cardenal aparecieron en el núm. 5.º de LA ILUSTRACION, cuando ofrecimos en una lámina á Pio IX rodeado de los jefes de las comisiones del Concilio.

TEATRO DE LA ÓPERA.

MATILDE DI SHABRAN.

El templo más lujoso que el arte musical tiene en España acaba de abrir sus puertas al público, interpretando tres excelentes artistas una de las últimas, si no de las más bellas óperas que legó á Italia y al mundo el brillante genio de Rossini.

Á semejanza de los actores que estudian con especial cuidado un drama apropiado á las condiciones de su talento para que resalten, no tanto las bellezas de la obra, como las dotes del intérprete, los esposos Tiberini han hecho de *Matilde di Shabran* su caballo de batalla, resucitando con mayor fortuna que tuvo en los primeros dias de su vida la cándida fábula de *Coradino* con su primitivo nombre.

Mejor eleccion pudieran haber hecho en las treinta y cinco óperas del autor del *Barbero de Sevilla* y la *Cenerentola;* pero así y todo, debe agradecerse á los Tiberini el haber escogido la música rossiniana con preferencia á la de los *Dii minores*, que en la actualidad exageran en Italia los defectos de aquella, borrando de la memoria del público sus bellezas.

Si *Matilde di Shabran* no puede compararse, en efecto, con obras que le precedieron; si en ella no se encuentra el acento dramático de *Otelo*, ni la majestuosa grandeza de *Moisés*, ni el picaresco gracejo del *Barbero*, adviértese el sello de originalidad, el estilo, el especial carácter que al drama musical imprimió el revolucionario Rossini, muerto há poco en voluntario destierro por no ver ni oir acaso á lo que ha venido á parar en su patria el gigantesco paso que á principios del siglo hizo dar á la música dramática.

El estilo es el hombre, se ha dicho de los escritores, y con mayor razon pudiera decirse de los compositores. En el famoso trio de *Roberto*, en el coro de la conjuracion de los *Hugonotes*, en la escena de la catedral del *Profeta*, se está viendo el carácter grave, formal y reflexivo de Mayerbeer, *Elixir d'Amore*, *Favorita* y *Lucrecia Borgia* hacen comprender mejor al caballeresco y galante Donizzetti que su más detallada biografía. *Amina*, *Adalgisa*, *Julietta* y *Elvira* son sensitivas, como el alma de Bellini; no conocen ese amor que ha pasado por el *boulevard* para llegar al tercer acto de *Fausto*.

Rossini no caracteriza tanto á sus personajes; se atiene más á la forma que al fondo del drama musical, y esto precisamente refleja su carácter. Predestinado, como Mozart, á ensanchar los límites de un arte nacido ayer, que no encuentra, como la escultura y la arquitectura, modelos que imitar en pueblos y civilizaciones muertas, el autor de *Guillermo Tell* sabia cantar ántes que leer, y á los diez y siete años escribia su primera ópera, *Demetrio y Polibio*.

Hijo de un músico ambulante, empresario de compañías de canto, con las que recorria las ferias de Italia, en esta vida nómada de sus primeros años, tuvo ocasion de desarrollarse el carácter independiente de Joaquin Rossini, carácter que demostró cuando despues de aprender las variedades del contrapunto sencillo, oyó decir á su maestro Mattei, que lo explicado hasta entónces sólo servia para escribir la música libre, pues la religiosa exigia los conocimientos más profundos del contrapunto doble y de la fuga.—De suerte, maestro, dijo Rossini, que con lo que ya sé puedo escribir óperas.—Sin duda alguna, contestóle Mattei.—Entónces no quiero saber más. Así terminaron sus estudios teóricos; pero no los prácticos de instrumentar las obras de Haydn y Mozart, con provechoso fruto estudiadas por el cisne de Pésaro.

Quien en sus lecciones de armonía no podia sujetarse á escribir las armonías sencillas y consonantes sin modulaciones, porque instintivamente se veia arrastrado á las asociaciones de acordes, variando de contínuo las tonalidades, al entrar en el vasto campo de la música dramática ménos habia de acomodarse á las reglas convencionales que sujetaban en estrechos límites el drama musical.

Sus más ilustres antecesores, los que reinaban en el gusto del público italiano, cuando Rossini apareció, Guglielmi, Cimarosa y Paisiello, componian una série de melodías, para vestido musical de un libro notable por la inocencia paradisiaca del argumento. Las armonías tenian por único objeto servir de acompañamiento á las voces, escaseando las disonancias y las transiciones. La orquesta no distraia en ningun caso la atencion de nuestros padres del pasado siglo, para quienes el ruido y los gritos en la escena eran insoportables desafueros.

Rossini rompió desde luego estas ligaduras, y á los quince años, el mismo pueblo que se extasiaba con la música de Paisiello, aplaudia delirante los efectos más ruidosos de la orquesta, las armonías erizadas de disonancias, hasta las bandas militares y los tambores sobre la escena, para aumentar la sonoridad, á despecho de la voz humana.

En 1812 empezó la revolucion rossiniana, y en 1823 estaba hecha. Compárese la obra maestra de Cimarosa *El matrimonio secreto*, con la última ópera italiana de Rossini *Semiramis*, y se verá la distancia.

La profusion de los *crescendo*, de los *pizzicatti*, de la cavaletta; los atrevimientos hasta entónces desconocidos en el ritmo, imprimen á la música rossiniana una sensualidad tal, que desde el primer momento sorprendió á ese público no aficionado á analizar las obras, ni á juzgarlas más que por el efecto que producen en sus sentidos.

En vano el respeto á las tradiciones de la escuela, y la costumbre, tantas veces invencible, protestaron contra la audacia del innovador; era Rossini de los revolucionarios que crean, no de los que destruyen; y como la antigua Roma daba hospitalidad en sus templos á los dioses de los pueblos conquistados, el autor de la *Gazza ladra* acogia en sus obras las ideas de compositores anteriores y contemporáneos para hacerlas aplaudir, segun sus propias palabras.

Ansioso del éxito, buscó el efecto escénico, sin escrúpulos en los medios empleados para alcanzarlo, sin temor á las criticas de sus contemporáneos, supliendo con admirable instinto lo que no tuvo paciencia para aprender.

De lo convencional que en las óperas de Rossini, especialmente en su primera y segunda manera, tiene el drama musical, culparse debe á la época en que escribió. Las *fiorituri* sembradas en sus composiciones las exigia el gusto del público. Antes de Rossini los artistas gozaban la libertad de ponerlas á su gusto; pero la libertad degeneró en licencia, y cantores de escaso talento alteraban de tal modo las melodias con churriguerescos adornos, que Rossini tomó la sábia determinacion de escribir todo lo que debia cantar el artista. Las maravillas de ejecucion suplian entónces la carencia de interés dramático del libro, y faltando atractivo al corazon se buscaba el deleite del oido. Desde *Asur* expresando su ira en complicados *gorghetti*, hasta *Marcelo* personalizando con severo acento la fé religiosa, median pocos años, pero hay grande adelanto en el drama musical. El imperio babilónico es tan desconocido en *Semiramis*, como vivo y fiel el retrato de la época de Cárlos IX en los *Hugonotes*. La sombra de Nino deja perfectamente tranquilos á los espectadores, que ni siquiera preguntan cuál ha sido el crímen de la infiel esposa; la reparacion de *Raul* y *Valentina* impresiona el alma más refractaria á las bellezas musicales. En 1834 podia llegarse á esta verdad dramática; en 1813 hubiera sido temeridad intentarlo en Italia.

El tercer acto de *Otelo* y el segundo de *Guillermo Tell* demuestran que el genio de Rossini sabia interpretar las pasiones, sin la cruda desesperacion de *Rigoletto* ó lady *Macbeth;* pero, amante del aplauso y falto de fé para cultivar el arte por el arte, prefirió romper la pluma en la edad más propia para la lucha, á batallar con el público, su esclavo durante tantos años.

El primer desaire que los venecianos hicieron á *Semiramis* bastó para que abandonase la escena de su patria. La frialdad que el descosido libro de *Guillermo Tell* produjo en los parisienses, terminó su carrera artística á los treinta y siete años, grabando en la losa funeraria esta frase profundamente egoista: «Un triunfo más no aumentaria mi reputacion; un fracaso pudiera comprometerla.»

Tan acostumbrado estaba Rossini á ver el hermoso rostro de la fortuna, que huyó de ella frente á frente, como leon perseguido, por temor á que le volviese la espalda. ¡Ejemplo único de cobardía ó escepticismo en el mundo de las artes, que sólo se comprende en quien tuvo por compensacion de las pequeñas miserias de la vida desde sus primeros años los halagos que más pueden envanecer al espíritu!

Matilde di Shabran, con *Zelmira* y *Semiramis*, son las tres óperas que sirven de término á la segunda manera de Rossini, y bien se advierte en *Matilde* la influencia del *Barbero de Sevilla*, de *Cenerentola* y del mismo *Otelo*. Los bellísimos parlantes, la supresion del recitado libre, la gracia y frescura del ritmo, los delicados perfiles de una instrumentacion de filigrana, dicen claramente que el compositor estaba en la plenitud de su genio; pero no se puede luchar con la frivolidad de un argumento que, partiendo del absurdo ódio de un hombre á todas las mujeres, conduce al extremo más comprensible de que pierda el seso por la primera que vé.

A la candidez del libro, á la falta de situaciones verdaderamente interesantes, añádese la escasa originalidad de la música. Rossini no ha copiado á sus antecesores en *Matilde di Shabran;* pero se ha copiado á sí mismo, y por ello los romanos, favorecidos con el estreno de esta ópera, la recibieron con desden tan merecido á juicio del mismo Rossini, como lo acredita el hecho de haberla refundido poco tiempo despues, para presentarla de nuevo á la benevolencia del público.

La ejecucion de esta obra en el teatro Nacional de la Ópera ha sido desigual, como lo será en todas las de Rossini, por la dificultad de encontrar un quinteto de artistas tan desdeñosos de las glorias del maestro Verdi, que se consagren al estudio del repertorio rossiniano, de más trabajo y honra, pero quizás de ménos provecho.

Los Tiberini interpretan perfectamente á *il feroce Coradino* y á la coqueta *Matilde;* pero Giraldoni, que tanto partido saca del canto *spianato*, encuentra demasiadas notas en esta ópera; la señora Natali no muestra deseo de que salga del segundo término el personaje de *Eduardo*, y el indisputable talento del señor Ronconi no ha logrado detener la insolente marcha de los años que tantas injurias han causado en su voz.

En tales condiciones, la representacion de *Matilde di Shabran* permite, sin embargo, apreciar la belleza de las piezas más notables de la ópera. El cuarteto *¡Alma rea! ¿Perche t'involi?* el graciosísimo duo *Di capriccio, di smorfiette;* el final del primer acto, cuya frase *Ch'io fugga, ha gia timore*, dice admirablemente etugela Ortolani; el duo del segundo acto *Non partir... si vanne, vola,* y el ária final, bastan al aficionado para olvidar por breves horas cuidados más sérios, admirando esa música rossiniana, siempre jóven, venida al mundo como *Matilde* dice de las mujeres:

Per vincere, é regnar.

LUIS NAVARRO.

ÁLBUM POÉTICO.

—

A...

Yo no sé desde cuándo,
pero sé que te adoro, vida mia;
sin tí, vivo penando,
y se inunda mi pecho de alegría
tu rostro contemplando.

—

Si mi cariño alcanza
recompensa del tuyo, ¡cuán dichosa
será nuestra alianza!
¡cuán dulce y cuán hermosa
la estrella que ilumine mi esperanza!

—

Me miraré en tus ojos,
cual se mira la tórtola en la fuente;
serán para mi leyes tus antojos,
y lo mismo que á Dios omnipotente
te adoraré de hinojos.

—

Alegres y serenas
verás con calma trascurrir las horas
con nuestra dicha llenas;
pues si cual yo te adoro tú me adoras,
¿qué, contra nuestro amor, podrán las penas?

—

Y cuando llegue el dia
en que á tan dulce y cariñoso anhelo
dé fin la muerte impia,
vivirán en el cielo
enlazadas tambien tu alma y la mia!

M. DEL PALACIO.

LA FE DEL AMOR.

NOVELA

POR

DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

XXII.

EQUIVOCACIONES.

(*Continuacion.*)

—¡Oh! ¡no, por Dios, no es eso! se apresuró á decir Enrique; yo comprendo á usted perfectamente, don Juan: usted es un hombre sencillo, que dice todo lo que siente, y yo agradezco á usted mucho...

El ruido de una puerta que se abria interrumpió á Enrique.

—¡Ah! gracias á Dios, dijo el Pintado.

Habian aparecido Elena y Gabriela.

La primera de luto rigoroso, pero elegantísima.

La segunda ostentosamente vestida, con un bello traje de moaré verde mate y un abrigo de terciopelo negro forrado de pieles.

Elena estaba densamente pálida.

No tenia ojeras como Enrique, pero sus ojos estaban encendidos.

Habia llorado.

Guzman se aturdió.

No sabia á qué atribuir aquello.

No se llora por un amor que nace, pero se llora por un amor que muere.

Saludó con encogimiento, á pesar de su costumbre de gentes, á las dos señoras.

Elena no pudo contener una mirada ansiosa que fué á caer sobre la mirada absorta de Enrique.

Éste era la única esperanza de la jóven.

Su grande influencia podia hacer comutar la pena de Estéban.

No estamos nunca más propensos á engañarnos, que cuando el engaño halaga nuestra pasion.

Enrique se creyó amado por Elena, se estremeció, y la dijo estrechándola la mano:

—¡Oh, gracias!

Esto habia sido dicho en voz muy baja, aparte, particularmente.

Elena se sorprendió y no contestó.

Gabriela, que habia dicho algunas palabras á su marido, se volvió entónces al jóven.

—Vamos, dijo, usted nos hará el favor de almorzar con nosotros.

—En efecto, dijo Enrique, almorzaremos juntos; pero los favorecidos seremos mi prima y yo.

—¡Cómo! dijo sorprendida Gabriela.

—Es verdad, dijo el Pintado; no he tenido tiempo de decirte que este caballero ha tenido la bondad de venir á convidarnos á almorzar.

—¡Muchas gracias! dijo Gabriela dejando ver al jóven una sonrisa encantadora.

—Sí, añadió el Pintado; y vamos á almorzar en una quinta de este caballero, á una legua de Madrid.

—¡Oh! ¡un dia de campo! añadió Gabriela: pues esto es mejor, mucho mejor: otra vez gracias, señor mio: nuestra pobre enferma tendrá ocasion de distraerse.

—¡Cómo! ¡está usted mala! preguntó Guzman, mirando con una ansiedad infinita á Elena.

Ésta tartamudeó algunas palabras.

—Yo no sé lo que tiene, añadió Gabriela sonriendo de una manera graciosamente maligna; pero esta mañana me la he encontrado muy pálida, y me ha dicho que ha pasado muy mala noche.

—¡Oh, por Dios! murmuró Elena poniéndose vivamente encendida.

—Vamos, vamos á ponernos las mantillas: es necesario que la dé á usted el aire, hija mia: Juan, hay que buscar un carruaje.

—Espera el mio, señora, dijo Enrique.

—¡Oh, y cuánta bondad! exclamó Gabriela.

Y entró con Elena.

—¿Ha visto usted? preguntó el Pintado á Enrique.

—¡Oh! exclamó éste; ¡si ese ángel fuera mio, yo enloqueceria!

—Lo será, dijo el Pintado... el otro... el miserable, cargado con la responsabilidad de un crimen horrible... ¡y pensar en que ese mónstruo ha podido ser el marido de esa criatura!

Salieron en aquel momento las dos con las mantillas puestas.

Enrique se acercó á Gabriela y la dió el brazo.

El Pintado dió el suyo á Elena.

Á poco, se acomodaban en el carruaje.

Enrique se habia sentado frente á Gabriela.

Partió el carruaje.

Poco despues de haber partido, Enrique, que habia logrado dominarse, miraba con insistencia la hermosa garganta de Gabriela.

Gabriela habia reparado en aquellas miradas, habia bajado los ojos y se habia puesto encendida.

Elena habia reparado tambien.

Habia creido que se trataba de un libertino, y su semblante se habia nublado.

De un hombre tal que por todas se impresionaba, no podia esperarse un rasgo noble.

El Pintado se habia engañado tambien.

—¡Oh! dijo para sí ¿si éste, á pesar de estar enamorado de la otra, pensará tambien en la mia?... ¡Ah! ¿si su amor es por la mia y no es por la otra, y la otra sirve de pretesto?...

El alma del Pintado se ennegreció.

Y sin embargo, sostuvo una conversacion fácil y animada con Guzman hasta que llegaron á la quinta.

XXIII.

CONTINÚAN LAS EQUIVOCACIONES.

La quinta del marqués de Torrenegra, esto es, del tio de Enrique de Guzman, estaba cerca de Vicálvaro, en un altozano, desde el cual se descubria un panorama muy pintoresco, particularmente al Norte, en que el horizonte se mostraba accidentado por las cumbres color de cobalto de la sierra de Guadarrama.

La quinta era bellísima.

Un jardin con bosques, con estanques, con fuentes, con estátuas, con parterres.

En medio se alzaba una gran construccion del siglo pasado.

Una pesada casa de piso bajo y superior.

Una especie de palacio.

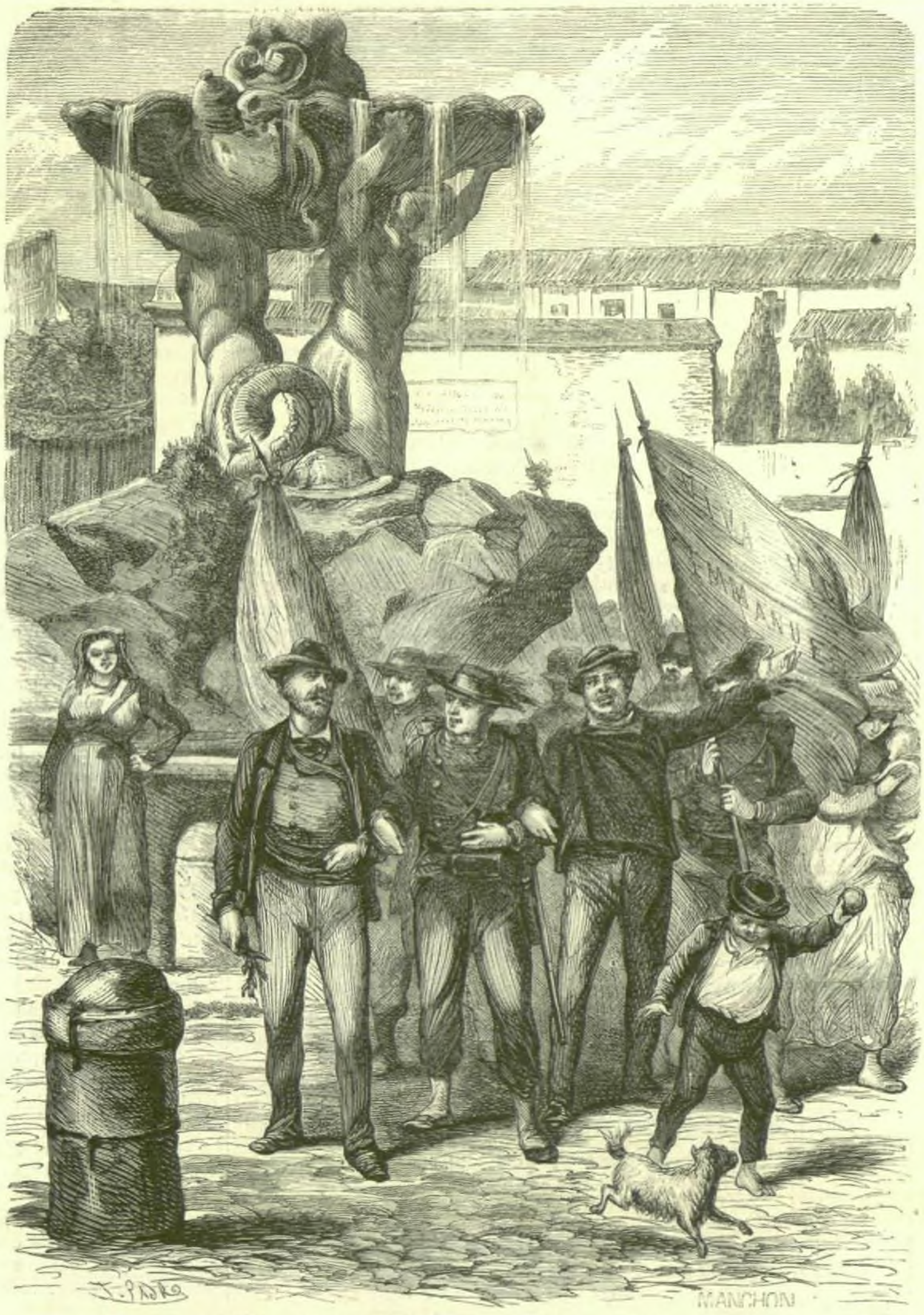
Pero un palacio de campo.

A los salones, á los gabinetes del piso bajo, se entraba por todas las ventanas.

Es decir, no habia ventanas, sino puertas, á las cuales se ascendia por graderias de mármol de cinco escalones.

Entre cada una de estas graderias habia un banco tambien de mármol.

Esta casa se habia restaurado, se la habia modernizado.



ROMA.—SOLDADOS ITALIANOS FRATERNIZANDO CON EL PUEBLO.

Se habian quitado los pesados balcones del piso superior y se habian dejado ventanas con balaustre, y contraventanas verdes á la inglesa.

Sólo junto á los ángulos se habian dejado miradores.

El antiguo y empinado tejado habia desaparecido.

En su lugar existia una terraza con balaustrada de mármol, en la cual de trecho en trecho, sobre elegantes pedestales, alternaban bustos y jarrones.

—Esto es algo mejor que nuestra huerta, exclamó Gabriela.

—¡Oh! indudablemente, dijo el Pintado, que habia logrado encubrirse completamente, y observaba: esto es un paraiso.

—Y sin embargo, dijo Enrique, yo prefiero el desórden de la naturaleza; es más bello, y una huerta tiene algo de ese encantador desórden: ¿no es verdad, Elena?

—¡Oh! sí, señor, respondió la jóven; la naturaleza es bellísima.

—Y á veces de todo punto admirable, dijo Enrique.

Al Pintado le pareció que al decir el jóven estas palabras habia mirado á Gabriela.

En efecto, Gabriela tenia cierta atraccion misteriosa para Enrique.

Pero aquella atraccion no era amor.

Ni siquiera enamoramiento de la forma, por más que la forma de Gabriela tuviese toda la exuberancia que hace de ciertas mujeres una tentacion irresistible.

Enrique no podia ser impresionado por Gabriela, porque lo estaba cuanto podia estarlo por Elena.

¡Qué! ¿acaso no era Elena una semejanza casi perfecta de aquella hermosísima Mercedes, de aquella beldad muerta, cuyo retrato habia sido hasta entónces el amor fantástico de Enrique?

Para él, Elena era una resurreccion

La realizacion de un imposible.

Su tia Mercedes, la esposa de su tio Antonio, viva, jóven, triste, apenada, melancólica, dominada por un dolor intimo, como lo aparecia en su retrato la muerta.

Enrique no tenia duda de que Elena era hija de Mercedes.

No importaba que esto pareciese absurdo, sabiendo que Mercedes no habia tenido hijos casada, y atendida su reputacion sin mancha como soltera.

Alli habia un misterio, y esto era todo.

Enrique necesitaba aclarar aquel misterio.

¡Y la singularidad de aparecer Elena hija de un comadron!

Todo esto era singularísimo; y Enrique, que tenia muy buena imaginacion, se aventuraba en el embrion de no sabemos cuántos dramas.

Era, además, hombre de mundo.

Habia encontrado un no sé qué de extraño en el Pintado, en Gabriela.

¡Aquel empeño del Pintado en hacerle creer que Elena le amaba!

Enrique estaba seguro de que bajo el punto de vista del amor, él era completamente indiferente para Elena.

Habia reparado además Enrique, que junto á la profunda reserva de Gabriela, habia en ella, cuando miraba á Elena, cuando creia que ni ella ni nadie veian su mirada, algo de intensamente hostil.

Algo que representaba ódio y despecho.

Habia por medio un hombre á quien Elena amaba.

Un hombre acusado de un crímen horrible.

Sentenciado ya á muerte en primera instancia, sentencia que se creia seria confirmada por la Sala.

¿Cómo Elena, que parecia tener el alma elevada y noble, podia amar á un hombre ennegrecido por el asesinato de una pobre anciana á quien ella creia su tia?

Esto era repugnante.

Enrique no aceptaba nada repugnante tratándose de Elena.

Elena era para él una consagracion por el solo hecho de parecerse de una manera tan extraordinaria á Mercedes, que durante tanto tiempo habia sido el amor sueño de Enrique.

Todo esto determinaba, como hemos dicho, un misterio para el jóven.

Su experiencia, el conocimiento que tenia de la mujer, le habian hecho reparar en que Gabriela le habia mirado de cierto modo cuando él, por un impulso que hubiera podido llamarse artístico, habia admirado con una larga mirada la voluptuosa, la incomparable, la sensual garganta de Gabriela.

Gabriela se habia turbado.

Además todas las mujeres, cuya grande hermosura es sensual, tienen tambien fuertemente sensual el alma.

La naturaleza es lógica y eminentemente armónica.

La fisonomía de las criaturas es la encarnacion, la materializacion, por decirlo así, de su espíritu.

Un pensador lee en la fisonomía de una criatura, en una sola mirada, en un solo gesto, su alma entera.

Gabriela se habia conmovido involuntariamente al reparar en la mirada que Guzman fijaba en su garganta.

En los ojos de la Buena Moza de Alcorcon habia ardido una chispa rápida.

Pero Enrique la habia absorbido.

El jóven era un sér hermoso, excesivamente simpático é inteligente.

Gabriela se habia sentido halagada por la mirada insistente de Enrique, que no habia podido ménos de hacer honor con su admiracion á tanta hermosura.

Enrique al absorber la rápida chispa que habia lucido un momento en los ojos de Gabriela, se habia engañado como el Pintado.

Habia creido que Gabriela seria para él una conquista posible.

Que aquella conquista podria convertirse en amor por parte de Gabriela.

Que aquel amor podria llegar á ser una pasion.

Una mujer apasionada es completamente del hombre de quien se apasiona.

No tiene para él secretos.

Y hé aquí á dónde iba á parar el cálculo de Enrique.

Indudablemente el Pintado y su mujer conocian un secreto que tocaba gravemente á Elena. Por amor á Elena, Enrique necesitaba conocer este secreto.

Para descubrirle era necesario enloquecer á Gabriela.

(Se continuará.)

ROMA.—EL CARDENAL FESSLER.

REVISTA CIENTÍFICA É INDUSTRIAL.

I. Suspension de trabajos científicos.—Época de la paz perpétua.—Las ciencias causa de los triunfos alemanes.—Sabios en los ejércitos.—II. Adelantos en varios ramos de guerra.—Último invento de Moncrieff.—¿Por qué se perdió el *Captain?*—Torpedo de Whitehead.—Ensayos de una pólvora nueva.—Globos de Mahler.—Idem para fotografías y telégrafos.—III. Epidemias más temibles que la guerra.—La fiebre en los trópicos y en España.—Medio seguro de librarse del contagio.—Desinfectante radical.—Síntomas de la fiebre amarilla.—Remedios.—Cuadro de un epidémico.—IV. Acarreos por vapor en países sin caminos.—Resolucion de un problema difícil.—La máquina nueva.—Aplicaciones para los ejércitos, para viajeros, en la agricultura, minería y comercio.

I.

Los grandes acontecimientos que han tenido lugar desde que dió á luz este periódico la anterior *Revista científica é industrial,* justifican la suspension, durante algun tiempo, de esta clase de trabajos, pues sucesos como los acaecidos, que tanto estimulan y absorben la atencion, producen desvío é indiferencia casi general y completa para cualquier escrito que no trate, directa ó indirectamente, de la tremenda ruina y asolamiento, y de todos los demás incidentes que ocasiona la horrible guerra entre Francia y Alemania. Estas naciones, donde tanto se disfrutaba de los beneficios de las ciencias, industria y comercio, ahora tienen abandonado cuanto produce civilizacion y progreso: aplazados los congresos de sabios, suspensas las publicaciones científicas y la enseñanza, desiertas las universidades, parados los laboratorios de ciencias, y así estudiantes, como catedráticos y filósofos, todos desamparan sus tareas intelectuales para salir á la horrible y bárbara campaña.

Sólo la propagacion general de las ciencias acabará con las guerras, pues semejante extension causará que en todas las naciones confieran á aquellas alto y principal lugar, y sustituyéndose el saber al sable, el resultado será que únicamente gobiernen los Estados sus hombres notables de ciencia vasta y profunda. Entónces se extinguirá la sed de sangre y la locura é ignominia de la guerra, desapareciendo la agobiante carga que constituyen los ejércitos permanentes y las inícuas y desastrosas opresiones que el militarismo ocasiona. Mas aunque esto sea opinion general y ardiente deseo de toda persona culta, nadie, empero, puede abrigar sino muy débil esperanza de que en un porvenir remotísimo subsista establecida la paz inalterable y suprimido por completo el militarismo. Miéntras tanto, preciso es cerrar los ojos á la luz, para no ver en la sucesion de los portentosos acontecimientos de los dos últimos meses el triunfo completo de las ciencias. El espectáculo que ofrece la Alemania en su marcha victoriosa, es una leccion de los resultados que produce la cultura científica. Es imposible dejar de proclamar la inmensa superioridad en todo de aquella nacion, despues de conocerla á fondo, concurriendo á sus universidades y estudiando atentamente sus instituciones y cuanto á dicho país atañe. Así se averigua fácilmente el hecho general que ex-

plica los recientes triunfos, que no es más que la preeminencia intelectual de los alemanes conseguida á fuerza de estudios científicos. Si la pericia, competencia y acierto demostrada por los tudescos no bastaran para probar nuestro aserto, apuntaríamos qué clase de personas forman sus ejércitos, y se veria la elevadísima capacidad mental de todas aquellas tropas. Catedráticos de ciencias de muchas universidades alemanas figuran como soldados, y hay generales como bon Hartman, profesor de filosofía en Berlin, célebre por los libros que ha escrito, y el mismo que tiene dado á luz este año el *Tratado de la filosofía de lo inconsciente.*

Terminemos, empero, aquí las anteriores consideraciones generales que los sucesos de actualidad con relacion á las ciencias, hacen brotar repentina y violentamente, y apuntemos ahora varios adelantos científicos de los más recientes é importantes.

II.

A las necesidades de la guerra se deben muchos de los descubrimientos modernos, y tanto en la artillería como en lo demás concerniente á ejércitos, el número de inventos es mucho mayor que en otras esferas.

Los grandes cañones de Armstrong, Krupp y de otros inventores, no tendrian las ventajas que hoy alcanzan á no ser por la cureña del capitan Moncrieff, representada en el grabado de la pág. 304 del núm 19 de este periódico. El objeto de dicha cureña es utilizar la fuerza del retroceso al dispararse el cañon. Dicha fuerza es tan enorme, que en los cañones de 300 quintales de peso destruia los ejes y cureñas y agrietaba los cimientos de granito que los sostenian. El capitan Moncrieff ha descubierto la manera de utilizar la fuerza referida haciéndola levantar un contrapeso, mientras que el cañon desciende debajo del parapeto y se oculta colocándose á cubierto del enemigo. Esto se efectúa poniendo un apoyo movible entre el cañon y su contrapeso, pues si el apoyo fuera fijo, como un eje, áun construyéndolo con la mayor solidez, seria incapaz de resistir los efectos rapidísimos de un disparo. La coz del cañonazo impulsa las palancas que levantan el contrapeso, el cual queda sostenido cuando termina el retroceso, y dejándolo caer, sirve á fin de volver á colocar el cañon á la altura conveniente para otro disparo. En la cureña citada, el cañon empieza á moverse en la direccion del retroceso, y al descender gradualmente describe una curva ciclóide, con la que se guia la fuerza de la coz, en vez de contenerla de repente. El descenso por dicha curva ha sido condicion esencial para el buen éxito de este invento. Recientemente hemos sabido en Inglaterra, que tuvieron malos resultados los experimentos que practicaban en el arsenal real, para que un cañon descendiera un plano inclinado por la fuerza del disparo y elevara un peso. Esto consiste en que no se utilizaba la fuerza del retroceso en su propia direccion, sino formando un ángulo. El cañon no bajaba por el plano inclinado más que dos piés, y la fuerza de la coz destruyó la cureña al segundo cañonazo.

El mismo Moncrieff ha publicado últimamente otro invento que ha de causar tambien grande y general admiracion, y cuyo objeto es semejante al que precede indicado. El contrapeso y apoyo movible en las cureñas del sistema anterior son inaplicables en los buques de guerra, á causa del balanceo de las naves, que impide que la cubierta esté siempre horizontal, produciendo cambios rápidos y frecuentísimos en su inclinacion. Así, pues, Moncrieff, en su cureña hidroneumática, utiliza la fuerza del retroceso de cada cañonazo para comprimir cierto volúmen de aire, el cual se conserva en un recipiente con válvula, y abriendo ésta, el aire comprimido eleva el cañon á la altura necesaria para otro disparo. Dicha cureña es un carrito triangular, cuya base descansa sobre un tablado sostenido por un émbolo, que encaja dentro de un cilindro, conteniendo agua y comunicando con el recipiente del aire comprimido. El cañon, con la cureña indicada, permanece en el barco debajo de cubierta; pero si se abre la válvula del expresado recipiente, entónces sube dicho cañon encima de aquella á la altura necesaria para romper el fuego.

Pocos inventos habrá tan ingeniosos como el anterior, ni que demuestren en su autor conocimientos más profundos de las leyes de la física y de la mecánica. La falta de espacio impide describir aquí toda clase de detalles y exponer las ventajas grandísimas de la cureña hidro-neumática para la marina de guerra. Únicamente indicaremos que dichas cureñas hacen innecesarias las torres de hierro en los buques blindados, pudiéndose hacer los disparos sobre aquellas á tanta elevacion del agua como éstas. Las nuevas cureñas evitarán pérdidas como la del *Captain*, que se fué á pique frente á nuestras costas del Norte á principios de Setiembre anterior, pereciendo 500 hombres. Dicho buque tenia dos torres de palastro sobre cubierta, pesando cada una 300 toneladas inglesas, y armadas con 8 cañones de 25 toneladas de peso para proyectiles de 600 libras. Además, la arboladura y jarcia de navío de 5.099 toneladas con segunda cubierta, etc. Un peso tan enorme fué la causa de que el buque zozobrara desde que la brisa lo inclinó 22 grados.

Las cureñas hidro-neumáticas, para el mismo número de cañones, con igual calibre, pesarian sólo 16 toneladas cada una; y como están debajo de cubierta, es seguro que un buque que las lleve nunca correrá los grandes riesgos de naves con torres, y que el nuevo sistema de Moncrieff resguardará mucho mejor aún á los artilleros.

El torpedo de Mr. Whitehead es un nuevo y terrible invento para destruir naves, con el cual se ejecutan actualmente ensayos en Shoeburyness, de órden del gobierno inglés. Semejante torpedo, despues de lanzado por debajo de la superficie del agua, desde la proa de un buque, navega sólo impulsado por aire comprimido, andando tan bien encaminado, que nunca deja de dar en el blanco, ni de producir una horrorosa y devastadora destruccion, mucho mayor que la que ocasionan los demás aparatos de esta clase.

El número 15 de este periódico contiene algunas noticias sobre cuerpos explosivos, asunto del cual constantemente se ocupan comisionados de las grandes naciones militares. Los de Inglaterra y Austria acaban de publicar ciertos resultados de varios ensayos hechos con la pólvora inventada por Mr. Pertuiset, que causan gran sorpresa y admiracion. Dicha pólvora, disparando un proyectil en un cañon de 8 pulgadas de calibre, destruye el blanco cubierto con plancha de acero de 9 pulgadas de grueso, sobre el cual ningun efecto produce otro proyectil igual en el mismo cañon cargado con doce veces mayor cantidad de pólvora ordinaria. Si se emplea la pólvora nueva en una pistolita de bolsillo y se dispara contra la cabeza de un caballo, los sesos y todos los huesos del cráneo saltan hechos mil añicos.

Los globos aereostáticos representan un papel muy importante en las guerras modernas. Mahler, aeronauta de Berlin, ha usado un globo cautivo para dejar caer bombas de nitroglicerina é incendiar los almacenes de pólvora de las plazas sitiadas. Actualmente se están practicando ensayos en Woolwich con globos, segun el sistema aleman, para adiestrar á ingenieros en su uso y adoptarlos en el ejército inglés. Está calculada la altura conveniente para que la vista comprenda la mayor extension posible desde el globo, y por medio de ocho cámaras oscuras se obtienen fotografías del país sobre el cual se opera. Tambien enlazan con alambres dos ó más globos cautivos entre sí y con la tierra, para telegrafiar eléctricamente acerca de los movimientos del enemigo. Desde el punto en el terreno donde se amarre el globo, continúa el alambre al cuartel general, y de aquí á la base de operaciones.

III.

La epidemia iniciada en Barcelona es el asunto que ocupa hoy la atencion de los residentes en nuestras costas, tanto ó más que la guerra estranjera. Las guerras, áun siendo muy terribles, causan siempre ménos mortandad que las epidemias. Semejante aserto se prueba fácilmente, viendo el número de hombres inmolados por cada una de esas dos calamidades. Recordaremos aquí, poniendo sólo un par de ejemplos, que fueron víctimas de la guerra de Crimea 20.240 franceses, y de la epidemia durante el mismo tiempo 75.000. En la breve campaña de Italia perecieron por el primer concepto 3.664 soldados de Francia, y por el segundo 5.000.

Lo poco que, fuera de la clase médica, se conoce en España actualmente la fiebre amarilla, sobre la que escribieron con notable acierto varios españoles á principios de este siglo, justifica que consagremos algunas palabras al citado asunto, dando brevemente cuenta de ciertos trabajos recientes que al mismo se refieren. De éste á menudo tratan los periódicos, y especialmente la prensa de nuestras ciudades marítimas; pero no todo lo que se publica está de acuerdo con lo que la ciencia y la práctica enseñan. Si lo estuviera y se vulgarizaran tales conocimientos, no reinaria tanto desórden en las disposiciones sanitarias, ni veríamos la confusion y anarquía que imperan en las medidas dictadas sobre este asunto por nuestras autoridades.

Las diversas clases de fiebres son las enfermedades que mayor número de víctimas ocasionan en la especie humana. La fiebre amarilla aparece en los países intertropicales, al Norte del Ecuador, en los meses de Julio y Agosto, despues de las grandes lluvias, á causa de las exhalaciones de los terrenos producidas por los rayos del sol. Raras veces hay fiebre en zonas con una temperatura media, inferior á 17° R., ó en terrenos que están más de 2.600 piés sobre el nivel del mar. Como en España todas las grandes ciudades se hallan á menor altura que la apuntada, la fiebre amarilla podria aparecer y propagarse durante el verano en cualquiera de nuestras poblaciones.

En diferentes épocas, á principios del siglo, dicha clase de fiebre causó terrible mortandad en muchos puntos de España, así de las costas como del interior. En algunas ciudades, como en Montilla en 1804, el total de muertos durante la epidemia fué más de la cuarta parte del de los habitantes, y en otros pueblos el número de fallecidos ascendió á una proporcion todavía mucho mayor que esa. Con tan riça aunque triste experiencia, el caudal de datos coleccionado sobre esta enfermedad es muy abundante, y por consiguiente todos los médicos extranjeros acudian entónces á los españoles pidiendo noticias, informes y métodos preservativos y curativos.

En toda epidemia hay dos puntos principales á que atender: el primero libertar á los sanos de la enfermedad, y el otro curar y salvar á los ya atacados. El medio más seguro y eficaz de libertarse del contagio, es irse pronto léjos del punto donde radique la epidemia. Hay quien opina que en cualquier parte puede á uno acometerle la enfermedad, si Dios quiere. Esto es muy cierto; pero tambien lo es que la religion aconseja nos apartemos del peligro. Sobre este punto, Arejulo refiere en su *Descripcion de la fiebre amarilla*, que mientras bombeaban á Cádiz los ingleses en 1797, un religioso agustino trató de irse á Sevilla: una señora le porfiaba para que permaneciera en aquella plaza, diciéndole que las bombas no le daban sino es á quien Dios queria, y libraba á quien era su voluntad. Á esto respondió el religioso que era muy cierto; pero que él sabia las repartia precisamente el Señor entre los que estaban en Cádiz, y libertaba con seguridad á los que se hallaban fuera, y por lo tanto se iba él, como lo hizo. No todos, empero, pueden realizar la separacion y la fuga con tiempo para prevenir el contagio, y siempre en cada epidemia es forzoso desinfectar frecuente y repetidamente las casas y sitios insalubles. Para ese objeto hay varios medios conocidos; pero el desinfectante más eficaz, y que de seguro haria desaparecer cualquiera epidemia, nunca se ha utilizado en España para purificar las ciudades azotadas con esa calamidad. Jamás ha habido epidemias en sitios donde las fundiciones calcinan minerales con azufre, produciendo y dando libertad en la atmósfera á grandes cantidades de ácido sulfuroso. Seria sencillo y poco costoso establecer ese medio para desinfectar á Barcelona y á cualquier ciudad donde se extienda la epidemia; mas aquí no disponemos del espacio necesario para referir detalladamente la manera práctica de efectuar semejante operacion.

La virulencia, así de la citada epidemia, como de las demás clases de fiebre, aumenta por falta de limpieza y de ventilacion en las habitaciones, por la aglomeracion de gente en las viviendas y otros sitios, por no lavarse mucho el cuerpo y comer alimentos mal sanos é indigestos, por residir en localidades húmedas y bajas, en terrenos con aguas estancadas, cerca de letrinas, de basuras, de restos vegetales y animales en descomposicion, etc. Así, pues, una exagerada limpieza, tanto en las personas como en las casas, y una ventilacion perfecta, un régimen alimenticio saludable, con la observancia estricta de los demás preceptos de la higiene pública y privada, son medios poderosos para evitar la fiebre amarilla.

Cuando esta enfermedad se halla repartida y sembrada por todo un pueblo, el ántes citado Arejula, dice que el único remedio es curar á cada uno en su casa, y á los desvalidos en el hospital; pues el sacar, ya á los enfermos ó ya á los sanos, fuera de la poblacion, ofrece tales dificultades, que el vencerlas es de todo punto imposible. Como regla general, conviene separar al enfermo del sano, y todos entre sí. Para este objeto se cerrarán los templos, las escuelas y teatros; se sustituirán á los mercados, puestos donde en cada calle expendan comestibles, y se evitará toda concurrencia ó aglomeracion de personas, ya pública ó ya privada.

Todos los médicos que han escrito sobre la fiebre amarilla, afirman que es sumamente difícil conocer esta enfermedad; porque las demás calenturas y cualquier género de males tienen síntomas comunes. Ni siquiera el color amarillo se presenta en todos los atacados, aunque es muy frecuente en este mal. Sin embargo, con la práctica y el estudio se han hallado los síntomas distintivos de la epidemia aludida á la que llaman fiebre amarilla ó tifo-icterodes, la cual invade

de repente con escalofrios ó frio, dolor de cabeza precisamente hácia la frente y sienes, de lomos, desazon incómoda ó dolor en la boca superior del estómago, particularmente si se comprime esta parte, gran postracion de fuerzas, sequedad de narices y falta de saliva para poder escupir.—Los invadidos de dicha calentura presentan un semblante marchito, dolores de las extremidades, principalmente de las inferiores; el cútis toma color amarillento ó tirando algo al oscuro, y no son raras las náuseas y vómitos biliosos. Semejante conjunto de señales sólo se encuentra en los enfermos de fiebre amarilla y no en otra enfermedad. El órden y término de la duracion del mal es vario. En su principio se ha solido mirar como una terciana, y pasadas las primeras veinticuatro horas, los dolientes se consideran casi buenos.—Al tercero dia, el color encendido del rostro ha desaparecido y queda el amarillo ú oscuriento; al cuarto suele venir el vómito; al sexto viene el frio marmóreo de las extremidades, la indiferencia á todo, y mueren los pacientes al entrar en el sétimo. Otros mueren á las treinta y seis horas de su acometimiento, á los dos, tres, cuatro y seis dias de la invasion, y algunos á los nueve, once y trece. La enfermedad tiene cuatro estados ó periodos, y además una série de signos regulares y otra de sintomas anómalos.

La curacion, segun los médicos españoles de principios del siglo, era dar al doliente muy al principio, si presentaba síntomas regulares, un emético antimonial. Luégo que cesa el efecto del último, daban quina, y cuando pasaba el frio, aplicaban sinapismos en las plantas de los piés.

Tratados modernos sobre esta enfermedad de escritores franceses, aconsejan las sangrías y sanguijuelas muy al principio del mal, y despues las bebidas tónicas y astringentes. Sin embargo, autores acreditados afirman que las sangrías producen siempre mucho daño, y que administrar vomitivos al principio del ataque es lo que únicamente puede salvar al enfermo. Seria tarea interminable el enumerar los muchos medios de curacion de la fiebre amarilla que se han ensayado, así á principios del siglo, como en épocas muy recientes. No hay, empero, por desgracia, específico alguno seguro contra dicho mal, y sólo el médico inteligente es quien puede disponer lo que para cada enfermo convenga.

Hagamos votos á fin de que desaparezca para siempre tan terrible epidemia, en la que los atacados causan inefable horror y espanto. Al ver tales desdichados de color amarillo puro, azafranado ó negruzco, manchado el cútis por el humor negro ó sangre que arrojan, los ojos marchitos, ó bien en perpétuo movimiento, el espectáculo que presentan es tan desagradable y asqueroso, que más que ningun otro engendra estremecimiento, consternacion y pavura. Así sucede, segun cuenta un célebre médico, que el entrañable y tierno amor paternal, el dulce y fino cariño del hombre para su mujer, y el ardoroso, pasadero é ilícito querer del enamorado, objetos todos de la mayor complacencia, interés y dulzura, se convierten en horrendo y triste espectáculo; tal, que aquella persona que servia de consuelo, recreo y placer, y que sin su presencia nada hubiera estimado el padre, marido ó amante, la mira en aquel momento la más despreciable, temible y fiera de cuantas le cercan, siendo entónces de la que más desea apartarse, así como ántes era el recreo de su amor, el móvil de todas sus confianzas y el depósito de todas sus pasiones. Tal es el cuadro de lo que llega á ser un desgraciado acometido de la fiebre amarilla.

IV.

Los maravillosos adelantos en nuestro siglo son tan numerosos, que impiden á menudo el que se confiera la atencion debida á ciertos descubrimientos dignos en alto grado de atento estudio por su inmensa utilidad é importancia en grandes cantidades. Conducir productos agrícolas, mineros y de todas las demás clases atravesando comarcas sin caminos con economía y velocidad, por terrenos desnivelados, ya pedregosos, ya arenosos, ó ya bien cubiertos de pantanos y cieno, es un problema dificilísimo que ahora ha resuelto satisfactoriamente Mr. R. W. Jhomson. Ingenieros mecánicos venian trabajando hace muchos años para aplicar el vapor á caminos ordinarios y extender así el uso de ese agente tan poderosísimo, cuya inmensa utilidad nadie desconoce. Pero á pesar de muchos y perseverantes trabajos, no lograban resolver el problema á causa de las dificultades grandes que presenta. Las máquinas que construian, apenas en movimiento, resultaban con varias piezas rotas, en fuerza de las sacudidas que experimentaban. Al aumentar las dimensiones, para evitar lo anterior, crecia el peso de la máquina y entónces destruia los caminos, quedando clavada sin poder moverse. Se idearon muchas modificaciones en la construccion de tales máquinas, á fin de vencer los obstáculos que ofrece este asunto; y si la falta de espacio no impidiera enumerarlas aquí, se probaria, describiendo varias de aquellas, cuánta agudeza é ingenio se ha empleado en balde. Ahora, empero, todas las dificultades están vencidas, con la locomotora inventada por Mr. R. W. Jhomson. Ésta rueda por cualquier clase de camino, y hasta por terrenos con ninguna especie de vía. Relativamente ligera y pequeña, sube grandes cuestas arrastrando cargas inmensas. Dicha locomotora corre por vías y calles empedradas sin saltos ni sacudidas, por el fango sin hundirse, sobre lodo sin resbalarse, y lo mismo atraviesa tierras aradas, que prados, arenales, nieves y hielo. Semejantes facultades son debidas á haber empleado Jhomson para su máquina un recurso tan sencillo como eficaz. Las ruedas, que son muy anchas, están rodeadas con aros gruesos de goma elástica vulcanizada. Tales aros evitan las sacudidas y producen el mismo efecto que si caminase la locomotora sobre una vía de goma elástica. Dicha máquina de Jhomson tiene la caldera vertical y está sobre tres ruedas, dos grandes á cada lado, y otra pequeña delante. Los aros de goma elástica para una locomotora con fuerza de 10 caballos, pesan 14 quintales. Claro está que el fundir cantidades tan enormes de goma elástica vulcanizada ha exigido mucho ingenio, gran número de ensayos y estudios profundos, porque era la primera vez que se empleaba dicha goma con ese objeto y en tanto peso. Los aros están cubiertos de piezas estrechas movibles de acero, sirviendo para resguardar la goma elástica y á fin de adherir las ruedas al suelo. Si éste está cubierto de nieve congelada ó hielo, ó bien de arenas, entónces se quitan piezas de acero.

Las máquinas aludidas se construyen de la fuerza necesaria para la aplicacion que se proyecta. El mayor número de las que hemos examinado, tienen de seis á ocho caballos nominales, aunque su fuerza efectiva es tres veces mayor. Destínanse estas locomotoras á muchos objetos: arrastran wagones cargados de mercancías de 45 toneladas de peso si la máquina es de 25 caballos; trasportan en un ómnibus, segun las dimensiones, ya 40, ya bien 105 pasajeros; aran las tierras mejor que caballos, mulas ó bueyes, y con más ventajas que los arados de vapor empleados hasta el dia, sirviendo tambien para otras muchas faenas agrícolas. El trasporte veloz de los cañones de 30 toneladas y áun de los de peso mayor, se efectúa inmejorablemente con estas máquinas, que nada puede aventajar para satisfacer otros varios servicios militares. Una locomotora de poca fuerza del sistema aludido, sirve para arrastrar cualquier carruaje ó diligencia. Tambien se colocan volantes en dichas máquinas para aplicarlas al movimiento de molinos, bombas y demás usos que exigen fuerza motriz.

La prensa inglesa, por medio de sus órganos más importantes, como *El Times* y otros periódicos, ha publicado recientemente grandes elogios de la locomotora de Jhomson, sobre la cual tambien ha dado informes favorables una comision oficial nombrada al efecto. En Escocia hemos visitado hace poco los talleres donde se fabrican estas máquinas, y habia un número considerable de ellas construidas para diferentes países. En pocas partes pueden tales locomotoras ser tan útiles como en España, ya para la agricultura, ya para los trasportes, ó ya bien con aplicacion á la minería y otros usos. Esto nos ha inducido á escribir la brevísima é incompleta reseña que antecede, cumpliendo la regla de dar cuenta en LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA de todos los adelantos científicos é industriales de reconocida utilidad é importancia.

EMILIO HUELIN.

Octubre de 1870.

DON FRANCISCO CAMPRODON.

Hoy rinde homenaje LA ILUSTRACION á las distinguidas prendas personales que adornaban al popular autor dramático, al activo político y al celoso funcionario don Francisco Camprodon, cuyo fallecimiento, ocurrido en la Habana en Agosto último, produjo, como no podia ménos de suceder, honda sensacion entre sus numerosos amigos y admiradores.

Al mismo tiempo que reproduce su retrato, quiere recordar los títulos que al aprecio público tenia, y en breves líneas vamos á bosquejar la biografía del Sr. Camprodon, considerándole más como autor dramático que como funcionario político.

Quiere la desgracia que en nuestro país, los que cultivan las letras se vean precisados á pecar en política y á pedir á esta musa fatal, si no inspiracion, al ménos recursos para atender á las más perentorias necesidades.

No se hallaba en este caso el Sr. Camprodon; pero el deseo de apartarse del teatro donde dominaba el género bufo, y acaso la disculpable ambicion de aumentar su fortuna, le llevó á la Habana á desempeñar uno de los más importantes empleos de la administracion de aquella hermosa Antilla.

Allí le ha sorprendido la muerte, dolorosa para su familia, á la que amaba con delirio, en extremo sensible para el arte dramático.

Camprodon era un hombre especial: su carácter generoso y enérgico, atrevido y tímido, á la vez empezaba por hacer que las personas que le conocian le mirasen al pronto con recelo y terminasen profesándole verdadero cariño.

Nació en Vich, en el año 1816, y estudió en la Universidad de Cervera con el inmortal Balmes, de quien fué gran amigo.

Al terminar la carrera de abogado, hubo en su naturaleza una crísis que obligó á los médicos poco ménos que á desahuciarle.

Suponian que tenia una aneurisma, y á fuerza de medicamentos debilitaron sus fuerzas de tal modo, que se vió al borde del sepulcro.

—Voy á ver si me salvo, dijo á un amigo.

—¿De qué modo?

—Haciendo lo contrario de lo que me ordenen.

La prueba colmó sus esperanzas.

—No se case usted, le dijo un facultativo, viéndole próximo á unirse á la que ha sido su cariñosa compañera.

Camprodon se casó, y desde entónces hasta el mes de Agosto último, su salud fué inmejorable.

Emprendedor, activo, y ardoroso entusiasta de las ideas liberales, se ocupó de política con más vehemencia de la que convenia al gobierno que entónces dominaba; despues de perseguirle, fué desterrado á Cádiz.

Allí recordó que en sus mocedades habia hecho versos, y reincidió: esta reincidencia le valió el estímulo del duque de Montpensier, quien le aconsejó que coleccionara sus poesías.

Más tarde siguió este consejo, publicando un tomo con el título de *Emociones*.

En Cádiz conoció á Valero, y esta amistad le hizo pensar en el teatro.

Al regresar á Barcelona, paseaba una tarde con unos amigos.

—¿Por qué no haces una comedia? le dijeron.

Aquella noche empezó su célebre *Flor de un dia*, empezando esta obra por la última escena.

Por entónces se creó el Teatro Español, y esto le animó á terminar el drama.

Al concluirlo lo dejó dormir en el fondo de un pupitre durante mucho tiempo.

Negocios particulares le trajeron á Madrid, y una noche fué al teatro á visitar á su amigo Valero.

En el cuarto del actor estaba Rubí.

—Este, dijo Valero al poeta, señalando á Camprodon, hace muy buenos versos.

—¿Y comedias? que es lo que más necesitamos, dijo Rubí.

—Una tengo, contestó Camprodon.

—¿Pero es buena?

—A mí me lo parece.

—¿Recuerda V. alguna escena?

—Tengo una gran memoria, y la sé toda...

—Diga usted la escena primera.

Al acabarla dijo Rubí á Camprodon:

—Espéreme usted un poco, voy á firmar, y vuelvo en seguida á oir otra escena.

Á la una de la noche salieron juntos á la calle: Rubí habia oido dos actos.

—Yo no me acuesto sin saber el desenlace, dijo el poeta.

—Pues paseemos.

Á las dos exclamaba Rubí despidiéndose de su amigo:

—¿Y tenia usted eso guardado?.. Hasta mañana.

Tres dias despues, sin que hubiera salido el ma-

APARATO PARA APAGAR INCENDIOS, INVENTADO POR EL INGENIERO ESPAÑOL DON RAMON BAÑOLAS.

nuscrito de su maleta, recibia Camprodon este oficio: «Habiendo seguido los trámites establecidos la obra que se ha servido usted presentar al comité, tengo el honor de participarle que el dia... tantos habrá lectura general de su obra.»

Se presentó sin conocer á los jueces. Rubí no habia hablado de su obra, y todos se sentaron con aire de indiferencia á escuchar aquella lectura.

Á los pocos dias se estrenó con gran éxito.

Camprodon se fugó á Barcelona para esperar allí la sentencia del público.

Con su primera obra, *Flor de un dia*, introdujo la costumbre de no vender la propiedad de las producciones dramáticas, que ha mejorado en los últimos años la condicion de los escritores.

Flor de un dia le ha producido más de veinte mil duros.

Dado á conocer tan brillantemente en la escena, continuó escribiendo; llegó á ser con Olona y Ventura de la Vega uno de los sostenedores del teatro de la Zarzuela, y gracias á su fecundidad, ha dejado los dramas *Flor de un dia*, *Espinas de una flor*, *Libertinaje y pasion*; las comedias *Una ráfaga*, *Asirse de un cabello*, y las zarzuelas *El dominó azul*, *Los diamantes de la corona*, *Tres para uno*, *El vizconde*, *El diablo en el poder*, *El cocinero*, *Juan Lanas*, *El relámpago*, *Una vieja*, *Una niña*, *La jardinera*, *Por conquista*, *El pleito*, *Beltran el Aventurero*, *Quien manda, manda*, *El diablo las carga*, *El zapatero y el banquero*, *El gran bandido*, *Del palacio á la taberna*, *Los dos mellizos*, *Los suicidas*, *Marina*, *Galatea* y otras.

A los treinta y tres años empezó á dar obras, y en los veintiuno que ha vivido despues no ha cesado de trabajar.

Generoso en extremo, solemnizaba el estreno de sus obras con banquetes; no habia escritor á quien no amparase en sus apuros; era gran conocedor del público y de los efectos teatrales, y su pasion favorita era la familia. Ha dejado tres hijas y un hijo; la mayor está unida al distinguido jurisconsulto don Cristóbal Martin de Herrera.

DON FRANCISCO CAMPRODON.

Como político, bastante independiente, ha figurado en las Córtes de 1854 y en las del período de los cinco años de la union liberal.

Sus obras han llegado á producirle nueve y diez mil duros anuales.

Faltaria á este bosquejo un rasgo característico si no recordase que una de las pretensiones de Camprodon era la de ser maestro en el arte culinario. Hablando de cocinas se entusiasmaba, llegando hasta inventar un plato al que sus amigos dieron el nombre de *arroz Camprodon*.

Todas estas noticias, que pueden dar una idea del hombre privado, como sus obras la dan del hombre público, han sido cuidadosamente recogidas por el que suscribe en muchas conversaciones afectuosas con el poeta.

Al recordarlas, su familia y sus amigos sentirán abrirse de nuevo la herida: tambien el que suscribe recuerda con pena y con cariño las expansiones y los consejos del que fué su amigo verdadero.

Pero cuando la vida íntima de un hombre es pura; cuando las virtudes privadas pueden iluminar con su resplandor el total de las obras públicas, deber es del retratista no olvidar al hombre por el personaje.

JUAN DE MADRID.

MADRID.—IMPRENTA DE T. FORTANET.